



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—Entrada de la gran llanura cerca de Fucuchina. (Pág. 294).

MOVIMIENTO CATÓLICO.

Tarea superior al entendimiento humano sería averiguar cuáles sean los designios de la Providencia al permitir la expulsión de Francia de un ejército de obreros de la fe, y su diseminación en países más ó menos remotos y hostiles á la verdadera religión.

Lícito nos es, sin embargo, estudiar las circunstancias que acompañan á este acontecimiento, deducir las consecuencias probables, y consolarnos, creyendo con confianza que nuestro Padre, que está en los cielos, que no hace nada en vano y que gobierna á las sociedades con admirable sabiduría, sacará bien del mal y enderezará las persecuciones presentes á la mayor honra y gloria de nuestra Madre la Iglesia.

Y, en primer lugar, ¿no es verdad que todo hace creer que la Iglesia gana en Oriente el terreno que pierde en Occidente? ¿Se forjan ilusiones los católicos que, afligidos por las hostilidades de todos los Estados de Europa contra el clero, contra las Órdenes monásticas, contra la enseñanza religiosa, esperan, mirando hácia Oriente, que las barreras levantadas durante largos siglos á la pacífica invasión del Catolicismo por el fanatismo musulmán ó por el cesarismo moscovita, van á desaparecer próximamente, y que acaso un día podremos contemplar los progresos de nuestra santa fe en las regiones esclavizadas por el cisma ó por el islamismo?

Vamos á verlo. Ya el autor de la *Historia universal de*

la Iglesia (1), había predicho hace muchos años, al comentar el Libro de Daniel y el Apocalipsis, que la caída del Imperio otomano debía acaecer por los años de 1882, ocasionando inevitablemente una gran conmoción entre los apóstoles de la verdad, que se aprovecharían del acontecimiento para dilatar la conquista de las almas. Los sultanes de Constantinopla han renunciado al papel de perseguidores y de conquistadores, y el Pontificado ha dejado de predicar contra ellos las Cruzadas tan justificadas de antaño. Los católicos no se rebelan ya contra la autoridad de la Puerta, y no es raro leer en la prensa religiosa europea elogios sinceros á la administración del Emperador de Constantinopla por las consideraciones y respetos guardados hoy al Patriarca católico, á los religiosos europeos, á las Hermanas de la Caridad.

Es verdad que, mientras el Corán reine, la tolerancia religiosa será transitoria, y que si el Evangelio conserva sus discípulos, serále muy difícil extender sus conquistas. Pero la decadencia visible del poderio otomano va produciendo transformaciones en el orden político que irán desembarazando el terreno, como lo prueba la emancipación reciente de las provincias bosniacas y herzegovinas del yugo islamita, gracias á la cual estos países, dominados actualmente por el Austria, empezarán pronto á disfrutar de los beneficios del restablecimiento de la jerarquía eclesiástica que actualmente se negocia entre la Santa Sede y la Corte del emperador Francisco José.

(1) Rorbbacher, libro 42.

Rusia, evangelizada primero por misioneros católicos, y que más tarde se vió envuelta en el cisma de Oriente á causa de sus escasas relaciones con Italia, acaba de dar los primeros pasos en el camino de la conciliación con el gobierno de la Iglesia. Así como la lepra del socialismo ha atajado la política perseguidora de Prusia, que se ha visto obligada á retroceder y á atenuar las leyes sacrilegas de Mayo, de la misma manera la gangrena del nihilismo que amenaza constantemente la vida de los Czares ha despertado en éstos el instinto de conservación y empujándoles hácia el Vicario de Cristo, depositario de la única doctrina y remedio único contra el principio revolucionario, demoleedor de toda autoridad.

El envío de un delegado ruso á Roma, el Sr. Bontenief, para entrar en negociaciones con la Santa Sede, y el más reciente del conde de Oubril, diplomático católico encargado de notificar al Padre Santo el advenimiento de Alejandro III, no carecen de significación. Y es cierto que si el alejamiento y la falta de relaciones eclesiásticas con Roma arrastró al cisma al Imperio evangelizado por san Cirilo y san Metodio, y el cisma trajo luego el despotismo de Pedro el Grande; la organización que éste dió al clero ha producido el nihilismo, que conducirá al caos al Imperio de los Czares, si éstos no se apresuran á preparar la regeneración de aquel por medio de una reforma religiosa.

Pasando ahora á la parte del mundo que en otros tiempos ilustraron san Atanasio, Tertuliano, san Cipriano y san Agustín, debemos consignar que al África van preferentemente hoy los religiosos á quienes expulsiones sucesivas han cerrado las puertas de Alemania, Italia y Francia, á los cuales, según declaración reciente del *Mundo masónico*, se trabaja por arrojar también de España. — Marruecos, Argelia, Túnez y Trípoli ven circular por sus poblaciones á los Trapenses, Dominicos, Franciscanos y Jesuitas que en nuestras regiones *civilizadas* no pueden vivir.

No es posible hablar de evangelización en África sin nombrar con respeto y admiración al tan sabio como virtuoso Sr. Lavigerie, arzobispo de Argel, uno de los apóstoles más activos y eminentes de nuestra época. Él ha organizado batallones de misioneros de ciencia tan sólida como acendrada piedad, que con riesgo de su vida corren á través de dificultades sin cuento á arrancar las almas de tribus salvajes á las tinieblas de la ignorancia. Él ha fundado numerosos seminarios y casas de religión y caridad; él ha hecho llegar los obreros de Cristo más lejos que los exploradores tan ponderados de las fuentes del Nilo; él acaba de restablecer el obispado de Hipona, inmortalizado por san Agustín, y de abrir un colegio internacional en Túnez bajo la advocación de san Luis.

Al propio tiempo los Jesuitas fundan en Egipto un seminario destinado á los conversos del rito copto, y el mismo Kedive llama á los individuos de la Compañía expulsados de Francia para que se pongan al frente de los establecimientos de enseñanza, existiendo ya varios dirigidos por religiosos, y entre ellos uno que data de san Vicente de Paul.

En el Alto-Egipto el Ilmo. Comboni con los misioneros africanos de Verona difunden la divina palabra; en la Abisinia el Ilmo. Taurin-Cahagne continúa la obra

con tantos trabajos emprendida por el Ilmo. Massaja, anciano y valetudinario. En el Alto-Zambeze los Jesuitas evangelizan desde Junio de 1880, y 39 Trapenses expulsados de Francia acaban de fundar una abadía en Dumbrody, territorio del Cabo de Buena Esperanza. Los Oblatos de María Inmaculada llevan la luz de la fe á Natal; los clérigos ingleses é irlandeses fundan al Sud extremo de África varias Misiones importantes; los Padres del Espíritu Santo se extienden por el Congo; los misioneros africanos de Lyon evangelizan Guinea y Abekuta, ciudad de más de 200,000 almas. Un rescripto de Leon XIII, completado por varios decretos posteriores, ha establecido en el África ecuatorial cuatro centros de Misiones destinados á llegar á ser con el tiempo otros tantos vicariatos apostólicos, y confiados á los misioneros de Argel: dichos centros son el lago Nyanza, el lago Tanganika, Kabelé, y el extremo Norte de la cuenca del Congo. En los dos primeros hay ya misioneros, que han tardado en llegar quince meses de Argel á Nyanza!

Confiamos en el Señor que la expulsión de las Ordenes religiosas, con que los gobiernos perseguidores se proponen dar un golpe al Catolicismo, ha de acabar por fortificar á los tibios y mejorar á los buenos, inspirándoles mayor repulsión hácia los enemigos de la Iglesia, al mismo tiempo que servirá en regiones lejanas para un aumento considerable de nuestra santa fe.

(Correo catalan).

CORRESPONDENCIA.

CANADA.

Carta del Rdo. Beillevaire, misionero de la diócesis de San Alberto.

19 de Diciembre de 1880.

Desde mi llegada á San Alberto he visitado todos los días las chozas de los salvajes que viven algún tiempo en nuestras cercanías instruyéndoles lo mejor posible y enseñando á los niños las primeras oraciones. En una de estas chozas he encontrado á un niño muy interesante, llamado Javier, de siete años de edad. Era travieso, pero al mismo tiempo dócil, y aprendía fácilmente lo que le enseñaba. ¡Pobre niño! A principios de Diciembre no tenía más que un cacho de manta para precaverse de los rigores del invierno, y teníamos ya de 14° á 15° bajo cero; daba lástima. Un día, viendo á mi tierno discípulo todo amoratado por el frío, le di mi chaleco de lana. Al instante el pobrecito arroja sus harapos, viste su nueva prenda, más contento que si fuera dueño de la minas del Perú. Ahora ha partido al interior de los bosques donde el padre debe cazar para mantener á su esposa y á sus hijos. Dos ó tres días después que había partido, el termómetro descendió á 35° bajo cero; con esto me pregunto cómo lo habrán hecho aquellos infelices para pasar las noches estando tan desarropados y careciendo de choza para albergarse. Tenían un niño más joven aún que Javier y otro de teta. Si el padre ha tenido la suerte de matar un *original* (1), habrán vivido alimentándose de esta caza, después de construirse un albergue con ramas de yerbas secas entrelazadas. A la misma miseria están reducidos la mayor parte de los salvajes.

(1) Nombre que dan en el Canadá al dante ó alce.

El Ilmo. Grandin me dijo que en toda su diócesis no existe niño alguno de siete años que no haya pasado ya por lo menos tres ó cuatro días sin comer.

Vednos aquí en pleno invierno; hay nieve abundante en todas partes, pero nieve como tamizada, cual ceniza fina, y que no es húmeda como la que cae en Europa. En cambio remolinea cuando está empujada por el viento, y nos deja ciegos. En este caso el que se halle sorprendido por esos mundos, debe ponerse á salvo, de lo contrario se perdería, pues nada se distingue. Hace poco hemos tenido un frío de 45°; felizmente no ha durado, bajando á 25°, y así se sostiene en la actualidad. Para salir era menester tomar precauciones, sobre todo si tenia uno que estar fuera por mucho tiempo. Al cabo de algunos minutos solamente mi barba estaba helada; un cuarto de hora despues el frío penetraba hasta los huesos. La cabeza debía estar bien cubierta para no exponernos á congestiones cerebrales. Tambien era forzoso esconder las orejas; de lo contrario se hubieran helado sin advertirlo, digámoslo así.

Se saca partido de estos grandes frios para hacer los transportes; como todo está helado, se pasa por todas partes: lagos, rios, nada detiene, ya no hay charcos ni cenagales.

12 de Enero de 1881.

Continúa nevando; el frío no cesa, oscilando entre 35° y 36°; estos días estaba aún á 40°. El domingo último acompañado del P. Touzé fui á ver á los Canadienses, quienes nos restituyeron á casa en trineo. Hé aquí el traje que usamos cuando tenemos necesidad de viajar en estos tiempos de frío. Pónese uno dos camisas de franela y una almilla de lana. Siguen unos calzoncillos de franela, luego un pantalon de piel de carabao, cuyas extremidades se hacen pasar al interior de unos zapatos de cuero de *original*, volviendo á cubrir las piernas con otra especie de pantalon de paño llamado *mitasse*. Hecho esto se endosa uno un hábito tambien de piel de carabao, y se echa sobre las espaldas un capote de lo mismo que viene á caer á media pierna. Para remate viene una gorra de castor que se baja de cada lado sobre las orejas, y se adaptan á la cabeza las dos capuchas del vestido. Si el frío es muy intenso, se toma cierto calzado que se recubre con unos zapatos de cuero blando. Despues, ¡arrea, cochero! ¡Feliz quien posee todo ese tinglado! El que no lo tiene, campa como puede. Cuando la nieve es húmeda y hay necesidad de andar, nos calzamos unas abarcas especiales. Finalmente se sujetan unos saquitos de cuero de medio pié de largo á un cordón de lana que cuelga del pescuezo; en estos saquitos se meten las manos para que no se hielen. Estos mitones ó manguitos están forrados con un pedazo de manta ó cualquier otra cosa.

Ultimamente hemos tenido aquí un protestante enfermo que murió al cabo de tres días. Durante su enfermedad el Hermano que le velaba le hacia rezar y le exhortaba á actos de contrición. Viendo que iba á morir, le preguntó si deseaba hablar con el ministro.

—No, respondió el enfermo; antes bien quiero ver á un sacerdote, que me guiará sin duda al cielo.

Por Navidad los protestantes vienen en gran número para asistir á nuestra misa del gallo, no por devoción, sino por curiosidad. Nosotros adornamos la iglesia lo

mejor posible; hay música y se entonan cánticos en francés, en inglés y en *cri*. Este año el P. Leduc ha dicho un sermón en inglés, en el cual ha hablado de la conversión del protestante que murió entre nosotros algunos días antes, y ha aprovechado esta circunstancia para probar que no hay más que una Iglesia verdadera, la Iglesia católica. Este sermón ha impresionado mucho á los ingleses, y de él esperamos buenos resultados.

Uno de los jefes salvajes de la comarca donde tengo que fundar una estación, ha venido á pasar algunos días aquí para pedir un misionero al Prelado. Llámale *Cola-Cortada*. Es de buena figura, pero cojo, debiendo esta desgracia á una bala que le envió un *Pié-Negro* cuando se batian unos con otros. Púsose un vistoso traje para visitar á S. I. Llevaba un sombrero cubierto de plumaje y guarnecido de cascabeles todo alrededor. Vestía una especie de corpiño de piel de corzo, sembrado de perlas en todo lo largo de los brazos, en las espaldas y en el pecho. Lo restante del cuerpo estaba envuelto en una manta. Presentado á S. I., se expresó en estos términos:

—Si nos das un hombre de la oración, tendrás motivo para reprendernos si faltamos; pero si no nos lo das, nada tendrás que decir, porque ¿cómo quieres tú que no pequemos, sino tenemos á nadie que nos dirija?

Yo le prometí que antes de poco iría á fundar una Misión en su tierra.

—Está bien, contestó, vénte lo más pronto posible.

Vei así claramente que estas palabras salían de su corazón, y que expresaban el gran deseo que tiene de tener un sacerdote á la cabeza de su tribu.

¡Pobres salvajes! Verdaderamente dan lástima: mueren de hambre. El otro día, viendo que se levantaba humo en un bosque, corro allá, y encuentro una choza hecha con pérticas entrelazadas de yerbas secas. Entro y veo una mujer con cuatro hijos, el mayor de los cuales podrá tener doce años. Todo su mueblaje consiste en dos pequeños calderos y algunos pedazos de mantas. Viven de un poco de cebada que se les da en la Misión. ¡Cuántos otros salvajes ni siquiera tienen este alimento, bueno para el ganado! ¡Ah si pudiéramos proporcionarles una ligera comida al día, ¡cuánto más fácil sería la predicación! Pero no; son pobres, tienen necesidad de alejarse para cazar animales que ya se han hecho muy raros, y así no ven al sacerdote más que una vez al año ó á los dos años, y aún á veces no lo encuentran en su vida sino por casualidad.

NUEVA-GRANADA.

Carta del Rdo. A. Janssen, misionero apostólico.

En la república de Nueva-Granada, al Este de la provincia de Magdalena, se encuentra una península ó punta avanzada que se extiende hasta Venezuela, cuya población asciende á unos cien mil indios. Todo este país, á contar desde las cercanías de Rio Hacha, y á quien sirve de frontera el camino que conduce desde la propia ciudad á Maracaibo (Venezuela), tiene una superficie de 300 millas geográficas cuadradas.

Hasta ahora el Gobierno de Nueva-Granada nunca ha podido someter á aquellas tribus: únicamente se ha lo-

grado que de pocos años á esta parte algunos indígenas domiciliados en Rio Hacha, ó algunos extranjeros, se hayan atrevido á aventurarse entre tales salvajes para hacer con ellos el comercio de bueyes, carneros, caballos, *dividivi*, etc.; pero ¡ay! todo esto sólo ha servido para aportarles la desmoralización; pues esta pobre gente entrega sus productos á cambio de ron de la más detestable calidad, bien que muy propio para incitarles á la pasión de la intemperancia.

Respecto á religion, sabemos que fué predicada allí á fines del siglo XV, inmediatamente despues del descubrimiento de Nueva-Granada, siendo un hecho averiguado que san Luis Beltrán y otros sacerdotes animosos se dedicaron por espacio de siete años á la instruccion de los indios que habitan las comarcas situadas junto al rio Magdalena. Si estos misioneros llegaron ó no hasta el Goajira, cosa es que no podemos precisar, por cuanto ni las costumbres, ni el culto, ni los nombres revelan el menor vestigio de nuestra religion. No sucede así en lo restante de Nueva-Granada, donde los nombres de Rosario, Santa Rosa, Santa Marta, San Antonio, Santa Cruz, Rio de Santo Domingo y otros muchos de ciertos lugares explican del modo más natural el paso de Dominicos, Franciscanos ó Capuchinos.

El Ilmo. Romero, obispo de Santa Marta, cuya jurisdicción se extiende en toda la provincia de Magdalena, deseando poner término á tanta miseria é incredulidad, resolvió estos últimos años hacer un nuevo y enérgico esfuerzo á favor de la fe católica; pero como su diócesis se compone de sesenta parroquias, treinta de las cuales se hallan sin un sólo ecónomo, vióse obligado á diferir la ejecución del proyecto.

Por fin, despues de muchas tentativas infructuosas, el Rdo. J. Te Riele, de diez y siete años acá misionero en Aruba (Antillas holandesas), dejó esta isla en Noviembre de 1878, tomó una pequeña embarcación, dirigiéndose cabe el Goajira. Dejemos al esforzado apóstol el cuidado de referirnos su viaje.

«A principios de Diciembre, escribe, fué cuando dejé á mis queridos parroquianos de Aruba. Apenas mi pequeña barca, capaz de unas diez toneladas, se habia dado á la vela, cuando la muchedumbre que me habia acompañado hasta la playa; y que desde lejos me dirigia aún un supremo adiós, desapareció de mi vista.

«Sucedianse en mi corazón las emociones sin que pudiese apartar de mí un triste pensamiento: el de no volver á ver jamás en vida á mi entrañable Aruba, toda vez que iba quizás á perecer entre las manos de crueles indios.

«Por otra parte me alegraba de poder sufrir algo por nuestro Redentor y la salvación de las almas.

«El viento era favorable, y empujada por una fuerte brisa, nuestra navecilla corria intrépida hácia el lugar de su destino. Despues de haber admirado los esplendores de la puesta del sol, empecé á prepararme para pasar la noche sobre cubierta con la mayor tranquilidad posible; bien pronto, rendido por las fatigas del día, no tardé en entregarme al sueño, que no me dejó hasta el alba.

«Estuvimos navegando aún todo el día siguiente, descubriendo al anochecer en lontananza la costa del Goajira: con esto durante la noche llevamos el rumbo hácia Oeste, y llegamos á Rio Hacha por la mañana.

«Yo habia escogido semejante lugar como punto de mi partida, ya que el país de estos infelices empezaba precisamente en las afueras de dicha ciudad.

«Luego de haber desembarcado, púseme en busca de un intérprete; despues penetré con él en el país.

«Allí la naturaleza desplegaba todo su esplendor. Acostumbrado á no ver más que las tierras áridas y pedregosas de Aruba y Curazao, no sabia creer á mis propios ojos. Árboles de toda especie elevaban al cielo majestuosamente sus pobladas copas; aves de mil colores hacian oír á maravilla sus alegres gorgeos, cual otros tantos cánticos en acción de gracias al Supremo Hacedor, mientras que el ganado de los salvajes pacia tranquilo en las praderas.

«Vadeados dos rios, alcanzamos un lugar llamado Chipana, donde se encuentran las primeras chozas indias, y allí hicimos alto. Eran las siete de la mañana y estábamos á 25 de Diciembre. Con este motivo hicimos inmediatamente nuestros preparativos para ofrecer el santo Sacrificio. Cuanto más rodeado me hallaba de pobreza tanto más me unía en espíritu con María y José en el pesebre de Belén.

«No bien observaron los indios que íbamos á hacer alguna cosa para ellos extraña, cuando tuve en un instante á mi alrededor un centenar de hombres y mujeres, armados los primeros con sus arcos y flechas envenenadas.

«Lleno de confianza en la divina Providencia, empecé la santa misa, y concluí los tres sacrificios sin que el silencio fuese turbado. ¡Feliz instante para un sacerdote! Diez y ocho siglos hacia que en este mismo día la voz de los Angeles resonando en toda Belén llamaba á los pastores, diciéndoles: «Hé aquí que venimos á anunciaros una gran nueva: el Redentor del mundo ha nacido para vosotros.» Yo tambien podía repetir con verdad las mismas palabras á aquellos infortunados, y decirles que el Redentor acababa igualmente de nacer para ellos en su propio país, bajo la humilde apariencia del pan.

«Aquellos pobres indios por su falta absoluta de religion debieron comprenderme poco; mi corazón, sin embargo, en este día solemne se conmovió profundamente, y di gracias á Aquel que se habia dignado elegirme á mí, su indigno siervo, para una misión tan elevada.

«El intérprete se encargó de traducirles mi discurso, y como algunos de ellos hacen su negocio en Rio Hacha y comprenden algun tanto el español, me serví de esta lengua para hablarles.

«Concluida la misa di gracias, implorando la del Señor para su pueblo. En todo este tiempo los salvajes habian permanecido en pie como para ver lo que haria aún. Luego me levanté, y al mismo tiempo que les estaba hablando y distribuyendo medallas y rosarios, encargué á mi intérprete les dijese que yo habia venido para saber si querian admitir sacerdotes; que éstos ni les harian daño alguno, ni les estafarian como la gente que hace su negocio con ellos. Contestaron todos que estaban dispuestos á acogerlos con gusto, que nunca mataban á los hombres honrados, y si sólo á aquellos que les robaban ó les quitaban sus hijos.

«En señal de fiesta y regocijo mataron un gran buey

y un carnero en mi obsequio, y los niños me trajeron huevos dándome la bienvenida. ¡ Ah! ¡ Cuánto hubiera deseado poder dar á todos aquellos inocentitos el agua santa del Bautismo! Pasé todo el día con ellos, sin que por su parte perdiesen medio para darme á entender su alegría.

«El día siguiente, despues de haber celebrado la santa Misa delante de ellos y de haberles prometido volver pronto con otros sacerdotes, partí para Rio Hacha. En prueba de sus simpatías me colmaron de toda suerte de regalos, y me dieron una porcion considerable de *jorkies* (carne de cabra salada) y frutas para hacer el viaje hasta Curazao, á donde regresé plenamente satisfecho de mi empresa.»

Al llegar á Curazao el Rdo. Te Riele se apresuró á

hacer una relacion circunstanciada de su viaje al ilustrísimo H. J. A. van Eújik, despues de lo cual partió de nuevo para Aruba, á fin de pasar la Cuaresma, las fiestas de Pascua y el Jubileo en medio de sus antiguos parroquianos. Pasó luego á Holanda con la única mira de hablar con el Ilmo. Schaepman, arzobispo de Utrecht, y rogarle enviase sacerdotes para esta Mision. Tuvo asimismo una conferencia con el Nuncio de Su Santidad, quien aplaudió estos proyectos apostólicos; despues el infatigable sacerdote atravesó el grande Oceano para volver á evangelizar aquellos indios salvajes. Pero ¡ ay! no le acompañó á Curazao ni siquiera un obrero para la viña del Señor. Allí el Rdo. Kieckens se ofreció á seguirle, y el Vicario apostólico, bien que desprovisto de sacerdotes, consintió en esta partida.



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—Vista de Utsenomiya. (Pág. 294).

En Mayo de 1880 estos dos misioneros con aplauso de todo el mundo, hasta de los judíos y protestantes, se embarcaron en Curazao con direccion á la costa salvaje india, acompañados de cinco hombres adictos. Fueron primero á Santa Marta, donde el Ilmo. Romero les acogió con la mayor alegría. De allí se trasladaron á Rio Hacha, punto de su destino, en donde permanecieron algunos días, tomando despues el camino del país indio, al cual llegaron sanos y salvos.

Su primer cuidado fué la construccion de una casa y una pequeña iglesia. Todo se halló dispuesto al cabo de pocas semanas, gracias al celo de sus cinco auxiliares. Lo que presentaba dificultades de consideracion era la lengua; pero ¿cómo habian de arredrarse descansando en Aquel que en otro tiempo favoreció con el don de

lenguas á tantos siervos suyos? Todo, pues, marchaba á maravilla, y los resultados prometian ser favorables, contando por otra parte con el gobierno de Nueva-Granada, que habia prometido coadyuvarles en sus esfuerzos con medios pecuniarios.

Sin embargo, el Señor lo habia dispuesto de otro modo. No tardó en caer enfermo uno de los misioneros, el Rdo. F. Kieckens, cuya dolencia tomó un carácter tan sério que se vieron obligados á volverse.

No sin profundo sentimiento dejaron, pues, aquel país querido para restituirse á Curazao, donde el infatigable sacerdote Te Riele está esperando colaboradores para continuar lo más pronto posible la obra comenzada.

¡ Cuántos de aquellos indios abrazarian gustosos la

verdad si hubiese solamente alguno que se la enseñara y les guiase en el camino de salvacion!

Es el caso de repetir las palabras de san Francisco Javier: «Estoy seguro que muchos jóvenes vendrian á emplear su talento y sus fuerzas en la conversion de los pueblos idólatras, si hubieran gustado las dulzuras celestiales que acompañan nuestras fatigas.»

VIAJES.

DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

(Conclusion).

Del martes 25 al jueves 27 de Junio. — *Fucuchima*, antiguo principado, ciudad de 5,665 habitantes, exporta á los mercados de Yokohama considerable cantidad de sedas conocidas con el nombre de sedas del *Ochu*.

A las ocho de la mañana dejamos la ciudad dirigiéndonos al Sud. La gran llanura de *Fucuchina* se extiende, al Este y al Mediodía, desde las montañas del centro hasta el Oceano y la bahía de *Yeddo*. La vegetacion es por todas partes espléndida; los rios son numerosos, y en sus orillas se elevan diques para contener el derretimiento de las nieves. Estos diques están formados de cilindros de mimbres llenos de guijarros.

El camino es largo y generalmente orillado de verdes árboles. Las poblaciones se suceden sin interrupcion, contándose entre las principales *Nibonmatse* (5,700 almas) y *Chiragawa* (6,300), dos antiguos principados cuyos daimios fueron desposeidos despues de la guerra de 1868. Los misioneros ocupan actualmente en *Yeddo* la morada del principe de *Chiragawa*.

Nuestros *cagos* (sillas de manos) eran de lo mejor en su género, pues habian sido alargados suficientemente para que pudiésemos extender un poco las piernas, y casi podíamos acostarnos. Dificilmente puede uno dormir en semejante caja; y al despertar, se tienen los huesos poco menos que dislocados, la cabeza muy pesada, y siéntese un mareo bastante regular.

Viernes 28 de Junio. — A las dos de la madrugada entramos en el pueblo de *Udzoni*. Una distancia de cuatro leguas nos separa de la ciudad de *Utsenomiya*. Por el camino es preciso subir á cada instante en una barca para cruzar algun río. La niebla se disipa un poco, dejándonos entrever las montañas de *Aidze* al Noreste; y si el día fuese claro podríamos tambien ver el *Fudji-Yama* y los montes al Oeste de *Yeddo*.

Utsenomiya (12,000 almas) es célebre por sus tejidos de algodón y sus tintes. Sus numerosas fábricas recuerdan nuestras poblaciones industriales. El telar japonés es, en pequeño, una imitacion del nuestro, pero sin estar fijo; defecto que suple la obrera con una correa que se pasa al redor del cuerpo.

La llanura es de una fertilidad asombrosa: en ella se encuentra el cáñamo en abundancia y de excelente calidad; no es una planta, es un arbusto.

A la puesta del sol atravesábamos una espesa arboleada que se extendía en la ladera de una montaña y entrábamos en *Inofuchi*; llegando despues á *Tenrio*, que es la poblacion inmediata.

Sábado 29 de Junio. — En seis horas salimos del *Yachu* y entramos en el *Jochu*, dos comarcas donde está muy floreciente la sericicultura. *Ota* (el grande arrozal) es, como

lo indica su nombre, una bonita ciudad colocada en medio de vastos campos de arroz. El sendero que seguimos es tan estrecho, que nos vemos precisados á renunciar la *djinrikicha*, porque el ligero cabriolé se decanta á cada momento á derecha ó á izquierda en los arrozales. Por añadidura, hay que cargar con la calesa al cruzar los arroyos, porque la piedra que sirve de puente en ellos no tiene suficiente anchura para darla paso. Por último, llegamos á la ciudad, donde el camino se presenta ancho y recto: empieza nuevamente la carrera, y á las dos de la tarde llegamos á *Ichisaki* (7,000 habitantes) en el centro del *Jochu*.

Desde *Akita* habíamos podido estudiar la cria de los gusanos de seda: en el *Jochu* habia terminado la cosecha y se estaban hilando los capullos. Puse gran interés en ver la produccion en todas sus fases, desde el instante del nacimiento hasta la confeccion de las madejas. En los distritos sericícolas cada casa cria gusanos en mayor ó menor cantidad. Si los locales fuesen más vastos y la gente más industriosa, podrian cuadruplicarse los productos. Però el hábito es una necesidad, y no es fácil que por mucho tiempo consientan los indígenas en hacer más de lo que hacen ahora.

Domingo 30 de Junio. — Todo el *Jochu* es un país llano, perfectamente cultivado y regado por infinidad de rios y arroyos. A las once y media, con un tiempo detestable, subimos al *djinrikicha* y tomamos definitivamente el camino de *Yeddo*. Dos hombres se ponen á cada vehículo, avanzando penosamente á través de los arrozales por un camino estrecho y cenagoso. Llegamos por fin al *Nacasendo*, camino magnífico y espacioso; y desde aquel punto nuestros hombres precipitan su paso y se relevan á cada parada. Por la noche hacemos alto en *Cobose*, ciudad de 5,600 habitantes.

Lunes 1.º de Julio. — Salimos de *Cobose* á las seis de la mañana. Los caminos son á veces tan malos que las ruedas se hunden hasta el eje; pero bastan tres hombres en cada carruaje para vencer todas las dificultades. El último alto se efectúa en *Omiya*, donde abandonamos las pocas provisiones que nos quedan. Mis compañeros toman la delantera y pueden llegar á Yokohama con el tren de las tres.

A eso de la una y media me encontraba en los arrabales de *Yeddo*, poco despues en la ciudad, y á las tres en casa de mis hermanos los Rdos. *Lemarechal* y *Midou*.

Aquí terminaba aquella larga ruta de 1,600 kilómetros y de sesenta y cinco dias de marcha desde mi salida de Yokohama, y de cincuenta y cinco desde Hakodaté.

Al día siguiente por la mañana tomaba mi billete para Yokohama, á donde llegaba á las once. El ferrocarril habia sido puesto en circulacion durante mi ausencia, pero únicamente desde *Yeddo*. Tres meses despues, terminada ya toda la línea, el Mikado la inauguró personalmente el 14 de Octubre. Los arcos de triunfo, las colgaduras, los adornos y las iluminaciones hicieron de fijo creer á los japoneses que son un gran pueblo. Pronunciaron discursos en este sentido los diplomáticos y los residentes extranjeros: admitióse, por primera vez desde que existe el Japon, á los mercaderes indígenas á presentar sus homenajes y la expresion de su gratitud al Hijo del Cielo por la nueva era de progreso y civilizacion que va á lucir sobre el país.

No quiero terminar este largo relato sin decir algo de los cambios que diariamente se operan en el Japon y de las esperanzas que podemos concebir de una cercana libertad religiosa.

El gobierno no es ya, como en tiempo de los taicunes, una autoridad imponiéndose á feudatarios poderosos que eran dueños absolutos de sus respectivos principados: un 89 ha tirado por el suelo el feudalismo. ¿Esto es un bien ó un mal? Unicamente Dios lo sabe. El régimen actual es la monarquía absoluta; pero el Mikado, soberano de nombre, ¿gobierna de hecho? Por mucho que digan los periódicos, parece indudable que Su Majestad no tiene ni la ciencia ni el talento que forman los grandes monarcas. Ambiciosos desconocidos se amparan de su nombre y hacen mover á su gusto el mecanismo gubernamental.

Lo que á mis ojos hay de más extraordinario son los cambios que de cinco años acá se han operado en el país. Algunos años atrás el odio á los extranjeros dominaba en la mayor parte de los corazones, no ya de la gente del pueblo, sino hasta en las personas oficiales. Tentativas de expulsion, amenazas, asesinatos, todo se habia puesto en juego para asustar á los europeos y obligarles á marcharse del Japon. El gobierno del Mikado, lanzándose á velas desplegadas por el camino de las innovaciones y de las reformas, ha echado por tierra las prevenciones, ha calmado los odios, y ahora encuentran los europeos buena acogida en todas partes.

La manía de las innovaciones y de los cambios puede ser loable en ciertos casos, pero aquí es demasiado exagerada. Con una plumada destruye el Mikado una institución. Hoy es el calendario indígena que se suprime para sustituirle con el nuestro, pero sin tomar la Era cristiana. Mañana es el traje europeo prescrito para las ceremonias oficiales: más tarde será otra cosa cualquiera. Esto no quiere decir que no sean dignos de elogio algunos de estos decretos. Merece especial mencion uno que hace justicia á toda una clase de seres infortunados. Las cortesanas eran reclutadas entre las hijas del pueblo: comprábanse por una módica cantidad cuando eran todavía de corta edad, y pasaban á ser propiedad de un infame especulador que pagaba un rédito anual al gobierno. Si estas muchachas intentaban escaparse antes de esperar el tiempo del contrato, la policía estaba obligada á poner al comprado en posesion de su pretendido derecho. El Mikado ha sabido comprender la barbarie y la iniquidad de semejante tráfico, y un solemne decreto ha anulado los contratos de este género y suprime las patentes que se pagaban al fisco.

Por mucho que sea el anhelo del gobierno en ponerse al nivel de las demás naciones, tal vez retroceda ante la consecuencia lógica de su deseo; es decir, ante la libertad religiosa. Este seria el primer paso que debiera darse, y será probablemente el último. Mucho se habla en este momento de la tolerancia como cosa establecida; pero, mientras los cristianos prisioneros ó desterrados no sean devueltos á sus familias, hay derecho de ponerlo en duda. Añádese que dentro de poco será el cristianismo la religion del Estado y que no volverán á renovarse los edictos de persecucion...: contentémonos con esperar. ¡Ah! si al fin cesara la era de las persecuciones, ¡cuántas almas abrazarian nuestra santa religion!

Quédame de este viaje la íntima conviccion de que este pueblo está ya sazonado para el Evangelio y que en este país le esperan grandes triunfos á la Religion. Verdad decian los antiguos misioneros cuando afirmaban que los japoneses del interior son más dulces, más morigerados y mejor dispuestos que los habitantes de las costas. Y aún entre estos últimos habria muchos que recibirian con gusto la buena nueva si nos fuese permitido anunciársela. El carácter japonés no carece de generosidad ni de nobleza, dos cualidades que forman al héroe cristiano. Tres siglos de crueldades nunca oídas y valerosamente soportadas dicen más que todos los discursos. ¡Qué día tan bello para mí aquel en que, con el Evangelio en una mano y la cruz en la otra, pudiera de nuevo recorrer las comarcas septentrionales que acabo de cruzar!

Á BORDO DE UN JUNCO CHINO.

(Continuacion).

9 de Marzo.

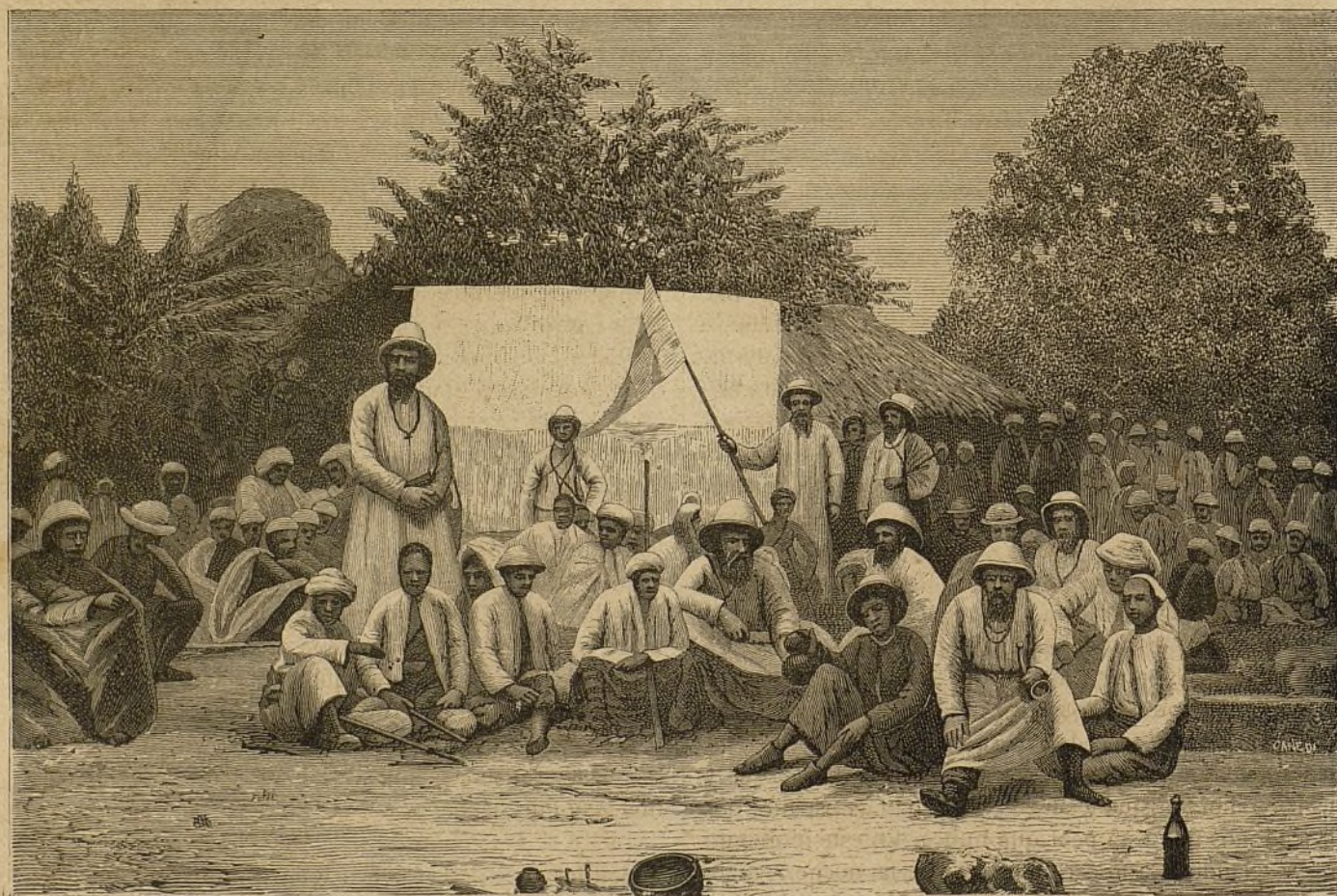
Estamos en pleno país de *rápidas* (1). A derecha é izquierda altas montañas terminadas en pico, en cuyos flancos se han cortado pequeños senderos para dar paso á los hombres que sujetan con cuerdas nuestro junco. El rio, más y más encajonado, deja correr su inmensa masa de agua en un lecho apenas tan ancho como el del Loire frente á la isla, en Cleppé. Las maniobras van siendo penosas, difíciles. El viento, que se engolfa en estas estrechas gargantas, sopla con furia, y cuando la vela está tendida, tiene fuerza suficiente para imprimir al junco movimientos de vaiven no menos pronunciados que los que experimentámos durante quince días en alta mar á bordo del *Anadyr*. Por desgracia la *Obediencia* no se portaba tan bien en la lucha. Al menor sobresalto deja oír un sordo gemido y se pone á temblar en toda su masa. ¡Ah! Ha sido necesario que mi compañero de Kuytcheu, enfermo de peligro, tenga que sobrellevar todo esto. Ocho días acabamos de pasar con gran zozobra por él: nuestros médicos nos habian metido el miedo en el cuerpo; ahora no está tan malo, pero sufre mucho todavía. En las rápidas, como no puede bajar, no tiene más remedio que soportar todos los choques, toda la danza de la barca. Nosotros, sin embargo, nunca le dejamos solo, á pesar del peligro que hay en tales momentos en permanecer á su lado. Con él me encontraba cuando pasámos la famosa gran rápida, donde el rio cae en cascadas en medio de peñascos á flor de agua que le hacen saltar en olas enormes, para luego precipitarse vertiendo espuma, ronco y amenazador.

La barca que desciende viene á quedar materialmente engullida hasta aparecer de nuevo á la luz, á espaldas de una ola gigantesca, y hundirse otra vez. Con esto no es extraño que en estos sitios sean frecuentes los naufragios. Así es que la ribera está poblada de pequeños barcos de salvamento, algunos de los cuales (no sin gran peligro) permanecen apostados muy cerca de la corriente, para coger al paso á los pobres náufragos, viéndose-

(1) *Rápida*: nombre que se da á una especie de cascadas que se hallan en ciertos rios, en sitios donde el agua, por causa del desnivel del lecho, salva las distancias con gran velocidad. (N. de la R.)



ÁFRICA ECUATORIAL. — Alto de una caravana de misioneros. (Pág. 298).



ÁFRICA ECUATORIAL. — Caravana de misioneros acampando. (Pág. 298).

les ejecutar en el momento crítico, por entre aquellas olas tumultuosas, evoluciones de una habilidad verdaderamente increíble.

A pesar de todo, nuestro paso se efectuó sin contratiempo. Nuestra barca encontrábase descargada de gran número de cajas que llevaba, y además fuertes cuerdas la sujetaban á la orilla. Desde entonces hemos pasado muchas otras corrientes, pero todas ellas son nada al lado de la de anteayer. Muchas veces ni siquiera se dignan tocar el tambor de alarma ni el tam-tam del triunfo. ¡Ah! ¡Orgulloso estaba yo cuando al espirar el último momento crítico la fuerte voz del tam-tam ahogó completamente el ruido del tambor, que habia resonado sin cesar durante el peligro, anunciando á centenares de espectadores, en especial á nuestros cofrades, que la *Obediencia* era un bravo junco, victorioso una vez más de la gran rápida!!!

He velado aún parte de la noche á mi compañero, y así no puedo tenerme en pié.

10 de Marzo.

¡Triste jornada! Mi compañero va poniéndose malo cada vez más. Esta mañana he dicho la misa por él, y le he dado la Comunión como Viático. Nuestros médicos querían hacerle sacramentar anoche, pero hemos aguantado un poco. ¡Cuánto sufre en esta triste barca! Sin buenas medicinas, sin buenos médicos... sin poder gozar siquiera de un momento de reposo, de silencio, ni de día ni de noche. Raras veces siente necesidad de tomar algo, pero aún cuando convenga casi nada podemos darle, porque los chinos todo lo preparan con aceite, hasta la carne, y lo que es más hasta el caldo de carne: no tenemos siquiera medio gramo de manteca: pues bien, como el aceite le está absolutamente prohibido, no puede tomar otra cosa que caldo de huevos y peras cocidas. A pesar de todo nunca se queja, y es dócil como un niño. ¡Dios tenga piedad de él y de nosotros! Sería muy triste verle morir con tanta escasez y tan cerca de nuestra querida Mision de Kuy-tcheu.

13, 14 y 15 de Marzo.

Continúa en el mismo estado nuestro pobre enfermo. Las ideas sombrías se apoderan de él de un modo alarmante. Veinte veces al día me está diciendo que no verá más su tierra prometida, y que llegará solo al Kuy-tcheu... El domingo, 14, llegamos á la gran ciudad de Kuy-fu, que forma parte del Su-tchuen y pertenece á nuestra Sociedad. Como nuestro enfermo se encontraba relativamente un poco mejor, nos aconsejaron trasladarlo á la residencia habitual de uno de nuestros Padres europeos; pero en aquel momento no habia más que un teólogo chino. Allí debía encontrar la calma y el silencio, cosas de que el pobre agonizante tiene tanta necesidad. Así se hizo. La barca quedó abandonada por algunos días, y todos nos hicimos transportar en palanquines (1) en casa del teólogo. Nuestras intenciones eran excelentes, pero no habíamos contado con nuestro enfermo y la necesidad que tuvimos de retroceder. De modo que con las penalidades del camino nuestro compañero ha quedado muy débil, y ahora mismo los médicos acaban de espantarnos diciéndonos que está peor que nunca. En este momento estoy velándole. Son cerca las once de la noche... Para engañar el tiempo y el sueño estoy escribiendo mi diario.

(1) Especie de litera.

Mis ojos van de mal en peor. Veo turbio, y temo quedar medio ciego toda mi vida.

¡Oh! Si oyérais la serenata que nos acaban de dar!... En medio de la noche, en la vasta orilla del río, percíbese en todas partes el eco de sonidos melodiosos á que no estaba acostumbrado de mucho tiempo acá. Pequeñas canoas, semejantes en un todo á los botes encantadores de la hermosa Nápoles, pasan, circulan, resbalan ligeramente al rededor de las barcas mandarinas. De estas barquichuelas se escapan cantos al son del arpa y del violín. ¿Quién canta?... ¡Ay! Estamos en Kuy-fu, la ciudad más corrompida de toda la China. Son jóvenes lujosamente vestidas y aderezadas, que corren así toda la noche... Lo demás se deja adivinar.

Ayer hice mis primeros ensayos del famoso palanquin. ¡Cuánto más valdría ir á pié que no en ese trasto! pero eso de ir á pié en las ciudades del Su-tchuen no puede hacerlo una persona que se respeta; de aquí el estribillo:

Las dos piernas en la China
buenas son para sentarse.

Por otra parte, aquí ningún personaje puede exhibirse. Vemos á veces cosas en las barcas mandarinas que nos hacen reír. Mientras nosotros, á pesar de los avisos de nuestro Yen-tzen-tzé, estamos continuamente sobre cubierta para respirar á nuestras anchas, nuestros vecinos toman precauciones increíbles para no ser vistos. No por eso les falta la curiosidad, y así muchas veces no hay en toda su barca un solo agujero, por pequeño que sea, por donde no aparezca un ojo brillante; pero este ojo tan arriesgado desaparece inmediatamente cuando nosotros dirigimos la mirada hacia él.

¡Por fuerza debemos ser unos grandes personajes! Fíjese V. que en todas partes donde pasamos señalan nuestra llegada con algunos días de anticipación. Hay correos que van á anunciarla de ciudad en ciudad, y el mandarin del lugar está obligado á remitirnos su tarjeta. No obstante, no tenemos ya nuestra famosa bandera amarilla, color imperial: no sé por qué causa nos la cambiaron en I-tchang-fu por una bandera blanca.

17 de Marzo.

De buena hemos escapado hoy. En medio de una corriente muy fuerte, en cuyo caso la maniobra es muy difícil y embrollada, el timón ha caído al agua. Nuestra barca ha dado inmediatamente una vuelta sobre sí misma, dirigiéndose con gran velocidad sobre los pedruscos vecinos. Toda nuestra gente en aquel momento ha perdido la cabeza: varios se han arrojado al río para amarrar la embarcación, y otros han hallado más sencillo pelear entre sí y matarse literalmente á estacazos, armándose una marimorena superior á cuanto puede imaginarse. Pero hé aquí que el Señor se pone de nuestra parte, y cuando todo lo creíamos perdido, la barca aborda tranquila y suavemente por entre la arena, y nos hemos salvado. Ayer un gran buque que habia hecho el viaje con nosotros fué menos venturoso; estrellóse contra los peñascos, y hemos llegado á tiempo para ver la orilla cubierta de mercancías puestas al sol para secarse. Dios nos tenga de su mano.

18 de Marzo.

Son las doce de la noche: todavía estoy velando á mi hermano; pero está tan débil que apenas puede abrir la boca para pedir lo que quiere. No es extraño, pues

tenemos que alimentarle con peras cocidas, guisantes verdes y arroz con agua. Los médicos chinos no quieren absolutamente que coma carne ni tome caldo, porque pretenden que hay aceite en la carne, y que sería nocivo al enfermo. Por más que clamemos es imposible conseguir nada. Nos contestan siempre que una cosa es la China, y otra la Francia.

Solo en medio de la noche, cavilo y... me pongo triste. Conmigo pasa algo que no puedo explicarme: estoy cansado, abatido, aburrido de tres meses á esta parte, es decir, desde que estoy en China. Me parece que no dejo de pertenecer á la especie de aquellos seres á quienes Dios, en expresion del famoso poeta latino, dió una faz sublime para mirar al cielo; pero al ver la vida que llevamos, aislados del género humano, ¿no diria cualquiera que somos de la raza de aquellos animales malignos, condenados á arrastrarse en la sombra y esconderse en el fondo de los bosques? Tal debia ser la condicion de los leprosos en la Edad media. En este inmenso imperio de la China, bajo los rayos de este hermoso sol que Dios hace brillar para todo el mundo, no hay un sitio para nosotros misioneros, los diablos de Europa, como dicen aquí. Apenas ponemos pié en tierra cuando la escena mil veces renovada comienza otra vez: gritos, insultos, silbidos; mófanse á nuestras barbas; los pilletes y aún á veces personas de rango hacen escarnio de nosotros. Luego la muchedumbre, que va siempre en aumento, se nos arrima, nos sigue á todas partes, y se nos queda pegada como la sombra. La consecuencia de ese estúpido comportamiento es lo que indicaba hace poco: somos el lobo feroz que huye al fondo de los bosques. Así por inclinacion natural y como por instinto buscamos los sitios desiertos, deshabitados; huimos de las casas, de los pueblos; en una palabra, no nos atrevemos á presentarnos en pleno día. Por esto me parece que ya no soy un hombre como los demás, que falta algo á mi cara, por lo cual difiero de los otros hijos de Adán. Mi traje bien lo he cambiado, pero yo no puedo mudar mi fisonomía... Por otra parte nunca creeré que el tipo chino sea más bello que el europeo... Pero, no hagais caso de estas amargas palabras; me retracto de ellas delante de Dios; bien veo que no soy más que un novicio. Añadiré que nos vamos acercando á los países donde hay persecucion: refieren cosas muy tristes de ciertos puntos del Su-tchuen. *Fiat voluntas Dei!* Lo que Dios guarda, bien guardado está.

¡Cuándo llegará el día que podré estar en mi querido Kuy-tcheu, donde podré, segun dicen, elevar sin temor la frente al cielo, pisando en paz un suelo más hospitalario! ¡Ah! ¡si por lo menos pudiéramos permanecer continuamente en nuestra barca! Pero esto es imposible: hay que bajar por peligrosas corrientes, y además cuando hemos pasado dos días encerrados, estamos enfermos.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANICA.

II.

DE TABORA AL LAGO TANGANICA.

(Conclusion).

10 de Mayo. — Por tercera vez probamos de alquilar una embarcacion para explorar las orillas del Tanganica. El dueño se muestra más razonable y nos exige sola-

mente 25 pesetas por quincena. Vencida esta dificultad, faltaba vencer otra no menor. Necesitábamos diez hombres que nos acompañasen, pues la barca requiere al menos ocho remeros. A costa de muchos afanes hemos conseguido reunir algunos Wagigi, pero nunca acabábamos de entendernos, pues con la misma facilidad con que se comprometian á acompañarnos volvian á desdecirse, y siempre con nuevas exigencias, disputando por un ardite horas enteras, devolviéndonos la mercancía que les hemos dado, y volviendo á tomarla. Al fin aceptan.

Segun hábiles obreros del país, bastaban algunas horas para poner nuestra embarcacion en estado de marchar, pero las pocas horas se han convertido en tres días.

15 de Mayo. — A las tres y media de la tarde hemos partido con diez tripulantes, entrando á las siete en la gran bahía de Kiguma. Pasarémos la noche en el pueblo árabe de este nombre, sito en el fondo de la bahía. La poblacion es poco considerable.

16 de Mayo. — Continuamos nuestra navegacion á punta de día, gozando de un espectáculo muy diverso del de la vispera. Ayer, en efecto, costeábamos un país árido y abrasado por el sol: hoy la costa es alta, y las colinas están coronadas de verdor. De vez en cuando se descubren villorrios ocultos bajo espesas plantaciones de plátanos, y en una de esas localidades hacemos nuestra segunda estacion.

17 de Mayo. — A las ocho dejamos el pueblo de Kia-ka. La costa ofrece el interesante espectáculo de la vispera. Desde el Niasanga la escena es más grandiosa, las montañas son más altas, y el país es bellissimo. En todos los pliegues de terreno hay pequeños pueblos, y hasta en las cimas de los montes se divisan chozas en forma de colmenas.

A las tres de la tarde plantamos nuestra tienda en la playa de Zassi, último lugar de la provincia de Ujiji. En este punto muchos riachuelos muy limpios se precipitan en el lago La Meala ó Zassi, junto al pueblo de este nombre. El Namuzinga y el Kasakué están situados más al Norte.

18 de Mayo. — Antes de la aurora celebramos la santa misa en la orilla del Zassi, rogando al Señor que bendiga nuestro viaje y nos haga favorables los pueblos que vamos á visitar. A las seis y media entrábamos en la provincia del Urundi. Despues de dos horas de remar, nuestra gente se detiene en un villorrio de la costa, llamado Uamitandabeié. Estas paradas tan frecuentes nos permiten conocer mejor el país, mas por otra parte son una prueba de la mala voluntad de nuestros hombres.

19 de Mayo. — Dirigímonos al fondo de una bahía donde se encuentran todavía numerosos pueblos. Allí las montañas se alejan del litoral, ofreciéndose á la vista una gran llanura muy fértil y bañada por muchos arroyos y torrentes. Hemos acampado á poca distancia del cabo que termina la península de Mtamana, en un lugar denominado Kiguembezi.

20 de Mayo. — Despues de una hora de remar nuestros hombres hacen alto en Mtamana, al otro lado del cabo y cerca la isla de Nyabigmor.

A nuestra llegada hemos pedido ver al sultan, y nos han dicho que Su Majestad habia ido á cortar leña. Como insistiésemos, nos han contestado que tenia miedo,

y en fin que estaba enfermo. Multitud de hombres armados con lanzas rodeaban nuestra tienda (el mrundi no da un paso sin dicha arma). En vano les decíamos que íbamos desarmados y que por consiguiente nada debía temer de nosotros el sultan. *Anaogopa*, «tiene miedo,» nos repetían siempre.

Al caer de la tarde, el hijo del sultan, hombre de alta estatura y de marcial continente, viene á visitarnos en nombre de su padre, trayéndonos un par de cabras. Hémosle correspondido con un regalo que le ha dejado muy satisfecho, y le hemos dicho que amábamos mucho al mrundi y que nos proponíamos establecernos en el país. A esto ha contestado que éramos libres para habitar allí, y nos tendrían por amigos.

21 de Mayo.—Partimos muy temprano, y nuestros remeros parecen tener más brios que de costumbre. A las cuatro de la tarde llegamos á Mokungo, sin poder ver al sultan, que dicen vive léjos, hácia el interior.

22 de Mayo, fiesta de la Ascension de Nuestro Señor.—Después de celebrar misa y de pedir al Señor que bendiga nuestro viaje, nos ponemos en marcha. El litoral es bajo, como en Mtamana, y el país es muy fértil y poblado. Descúbreanse innumerables palmeras y verdaderos bosques de plátanos.

Hacemos alto en un villorrio llamado Luheké. Todas las chozas se tocan, y no se encuentra un sitio bastante ancho para plantar en él nuestra tienda.

23 de Mayo.—Hemos partido á las siete y cuarto, llegando al medio día á un grupo de pueblos llamado Bikari, del nombre de su jefe. Todavía no nos habíamos visto rodeados de tan gran número de negros como en este punto. Acuden todos en masa y afanosos por ver de cerca á los blancos: nuestro traje, nuestras maneras, nuestro lenguaje, todo les interesa y divierte, y pasan largas horas contemplando á los dos wuasungus.

Todos los hombres van armados con lanzas, pero parecen poco temibles. En efecto, al menor movimiento que hacemos, toda esa multitud, como sobrecogida de un pánico, emprende la fuga. Algunos más valientes permanecen en su puesto riéndose del pavor de los demás. Entonces estalla una risa general y vuelven todos á rodearnos.

Al ver la timidez de esta gente, apenas podíamos creer que fuesen aquellos Bikaris que tan hostiles se habían mostrado á Stanley y Livingstone. O bien han cambiado totalmente desde 1872, ó bien Stanley se equivocó en sus cuentas.

Al cabo de algunas horas llega el hijo del sultan, y le hacemos un pequeño regalo, diciéndole que queríamos ver á su padre. Nos ha prometido que vendría á estrecharnos la mano, quedando nosotros en esperarle, cuando hemos percibido una larga hilera de gente llevando cabras, grandes cántaras de *pombé*, miel, manteca, fruta de plátano, yuca, etc. Durante esta primera jornada no hemos visto al sultan Bikari.

24 de Mayo.—Al fin nos anuncian por la mañana la llegada del sultan. Hemos ido á su encuentro con diversos presentes, y nos ha recibido cerca de una pequeña choza de paja, en un espacioso patio y en medio de una numerosa asamblea. Le hemos manifestado nuestros deseos de vivir en medio de los Warundi, y después de presentarle nuestras ofrendas nos hemos retirado. Ape-

nas llegados á nuestro campo, el sultan nos ha devuelto una tela preciosa que le habíamos entregado, diciendo que prefería un poco de *chité* (especie de indiana muy ligera y de poco valor). Nos hemos apresurado á satisfacer su deseo, y nos ha enviado otro recado, trayéndonos leche y un becerro; pero no pudiendo meterlo en nuestra barca, y además contando con suficientes provisiones, hemos rehusado admitirlo.

A la una de la tarde hemos dejado este país, cuyos habitantes se nos han mostrado tan hospitalarios. Volvemos á Ujiji satisfechos de nuestra exploración al Noroeste del Tanganika. Ujiji no puede ser para nosotros un centro de Misión por causa de los árabes musulmanes. Bikari es el punto más importante del Urundi, y de él harémos nuestra estación principal en esta región tan bella, rica y poblada (1).

El correo que condujo á Argel el diario y las cartas de los misioneros ya establecidos en el lago Nyanza, fué también portador del diario y numerosas cartas de los Padres que iban en la segunda caravana, salida de Argel en los meses de Mayo y Junio de 1879, y que entró á fines de Setiembre en el Ugogo. Extractarémos lo más interesante de esta correspondencia.

La caravana, organizada como la precedente en Bagamoyo, no contaba menos de seiscientos bagajeros, habiendo merecido de los Padres del Espíritu Santo la caridad más constante y admirable. Tenía á su disposición cierto número de asnos comprados en Zanzibar, y seis mulos transportados de Argelia para hacer la prueba de la vitalidad de estos animales en el centro del África ecuatorial. Los caballos, en efecto, no pueden vivir en este país, pues sucumben como los bueyes á la mordedura del *tsetse*; pero los asnos viven en él, y queríamos experimentar si los mulos podrían resistir igualmente el veneno del terrible insecto. Sería gran ventaja poder servirse de estos animales, porque los asnos que se compran en Zanzibar son generalmente muy flacos, tanto que los misioneros no pueden montarlos, viéndose obligados á andar á su lado, y contentarse con hacerles llevar sus pequeños equipajes. El mismo ensayo practicaban por su parte algunos belgas que encontramos en Zanzibar, dirigidos por el capitán Poupelin. Habían estos hecho venir de la India tres elefantes mansos pagados por el rey de Bélgica, y sobre ellos cargaron una parte de los bultos de su caravana. No sabemos todavía cuál habrá sido el resultado de su experimento, porque, como su caravana estaba ya dispuesta así que llegaron, nos han tomado la delantera.

En cuanto á nuestros ensayos, nos han salido del todo mal. Hasta Mpuapua, donde nos hallamos en este momento, nuestros pobres mulos habían hecho bastante bien su servicio; digo bastante bien sólo para dar testimonio de su vigor. Como un mulo presenta con su carga un ancho de más de un metro y una altura de dos metros por lo menos, no puede sin los más grandes trabajos pasar por los senderos que forman los únicos caminos del África ecuatorial. Estos senderos, trazados entre los bosques ó entre yerbas de la forma de una caña y de una altura de varios metros, no tienen más de cua-

(1) Los misioneros de Argel no tardaron en fundar dicha estación, en la que desde Junio de 1879 han comenzado su obra de apostolado entre los negros.

renta á cincuenta centímetros de ancho. Hay que advertir además que casi nunca siguen la misma direccion más de diez minutos. Con esto se comprenderá lo que tiene que sufrir un mulo, cuya carga es sin cesar detenida á derecha é izquierda, y que es desgarrado por los espinos y bejucos cuando es necesario desenredarle. En fin, nuestras bestias han llegado á Mpuapua en un estado deplorable, aunque no presentasen más síntomas de su enfermedad que sus llagas y fatiga.

La caravana ha permanecido en Mpuapua cerca de tres semanas. Al cabo de algunos días la cabeza de uno de estos mulos empezó á hincharse horriblemente, su respiracion iba siendo cada momento más difícil, hasta que al día siguiente murió. Dos días despues sucumbieron otros dos mulos. En vano buscábamos las señales de una mordedura venenosa. Todos los negros están acordes en decir que el *tsetse* no se manifiesta en el país sino en la época de las lluvias. El jefe de la Mision protestante nos asegura que los accidentes sobrevenidos á nuestras bestias deben atribuirse á la mala calidad del forraje que comian, pues hay en esta region muchas yerbas venenosas, peligrosas sobre todo cuando están secas, como lo estaban en esta ocasion. Esto atendido, tratámos de ver si podríamos salvar los dos mulos que nos quedaban, enviándolos á toda prisa á un sitio que está á una jornada de camino más allá de Mpuapua, cerca de un pequeño lago donde hay siempre yerba fresca. ¿Sobrevivirán estos animales como los otros, ó serán victimas de algun envenenamiento, sea cual fuere su naturaleza? No lo sabemos todavía, pero he creido deber consignar estas circunstancias en mi carta para gobierno de los que nos sucedan, los cuales harán bien en no proveerse de mulos, como tampoco de caballos ni de bueyes. Los asnos de Zanzibar no son á la verdad capaces del prestar grandes servicios, por ser flacos y bajos; pero los del Unyamuezi, que se hallan fácilmente de venta en el interior, son fuertes y robustos.

Una carta de otro misionero da cuenta como sigue de los principales accidentes que acaecieron á la caravana durante su viaje:

De los diez y ocho que éramos al salir de Bagamoyo hemos llegado solamente diez y seis á Mpuapua. Dos de nuestros auxiliares, el Sr. Oswald, irlandés católico, y el Sr. Verhaert, belga, han tenido que dejarnos en el camino: el primero por causa de un accidente cuyas consecuencias hubieran podido agravarse, y el segundo abatido por las fatigas y sobre todo por las calenturas del país, que le habian reducido á una debilidad extrema. A unas cuatro jornadas de camino á contar desde Bagamoyo disparósele involuntariamente al Sr. Oswald el fusil, que tenia á su lado. El proyectil penetró en la pierna, y al salir casi se le llevó el dedo pequeño de la mano izquierda. Estos dos auxiliares regresaron á Bagamoyo, desde donde el Sr. Verhaert se embarcó para Bélgica. El P. Ruellan, encargado de los enfermos de la caravana, acompañó al Sr. Oswald, que sufría mucho de la herida, y lo puso en manos de las Hermanas del hospital de Zanzibar, que le prodigan toda suerte de cuidados, y de los Padres del Espíritu Santo, que como siempre se distinguen por su admirable caridad. Todos los demás miembros de la caravana han llegado sin novedad á Mpuapua.

La estacion era excelente para nuestro viaje. Los rios,

crecidos por lo comun en tiempo de las lluvias, transformando el país en un vasto pantano, no venian á ser entonces más que arroyos, y el terreno, afirmado por el sol, permitia andar sin dificultad; pero lo que más nos ha hecho sufrir ha sido durante el día el ardor de los rayos del sol, y por la noche el fresco, ó por decirlo así el frio. Así es que todos sin excepcion hemos tenido fuertes calenturas, esas calenturas africanas cuya descripcion habíamos leído, pero sin poder dar cuenta de lo que son en realidad hasta haberlas experimentado: reducen á un estado de debilidad verdaderamente increíble, y van acompañadas de un delirio especial. El ataque más fuerte lo tuve yo en Bagamoyo, y aunque tenia perfecto conocimiento de que estaba en una casa, me parecia al mismo tiempo hallarme en una carretera, en medio de la caravana, entregado á mis ocupaciones ordinarias de viaje. Cuando salí de este estado, no sabia dónde me encontraba.

En algunas de nuestras estaciones, como nosotros éramos muchos y los habitantes eran pobres, no nos ha sido posible procurarnos el alimento necesario. Así es que al llegar á Mpuapua parecíamos todos unos esqueletos ambulantes. Confiábamos hallar en esta localidad, en donde debíamos aguardar la parte principal de nuestros equipajes, un clima salubre y víveres abundantes, pero nuestra decepcion fué completa. El clima de Mpuapua, que nos habian ensalzado, nos pareció muy inferior á su fama, pues ninguno de nosotros dejó de experimentar en este punto nuevos accesos de calentura. En cuanto al alimento, poco faltaba para que escaseara por completo, y hubiéramos perecido de hambre si no nos hubiesen auxiliado los miembros de la Mision anglicana. A pesar de la distancia que nos separa y del poco gusto que debe causarles la llegada de nuevos misioneros católicos, nos recibieron como verdaderos hermanos. Nos han mandado bueyes, gran cantidad de carneros, y aún auxilios para nuestros enfermos; además han venido varias veces á visitarnos.

Por nuestra parte hemos tratado de tributarles buenos oficios. El jefe de la Mision anglicana, Sr. Laste, sufría de una úlcera en la mano, en la que se introdujo la gangrena por causa de negligencia. El paciente pidió que el P. Ruellan fuése á visitarle, y habiendo acudido nuestro compañero, quedó aturdido del aspecto de la mano: algunos días más, y hubiera sido indispensable la amputacion. El P. Ruellan empezó por limpiar con cuidado aquella hedionda llaga, y despues de haber aplicado á su contorno la piedra infernal varios días seguidos, consiguió poner en vias de curacion al ministro protestante. Este pidió por favor la asistencia del Padre por cuatro ó cinco días más, y allí se lo hemos dejado al partir nosotros para el Ugogo.

¡Qué lástima no sean católicos esos ingleses! Cuando se observa lo que hace Inglaterra con tanta generosidad por sus Misiones, cómo las sostiene, las enormes sumas que invierte en su favor, no puede uno menos de lanzar un gemido al ver tantos recursos empleados en esparcir el error, cuando pudieran servir eficazmente para la causa de la verdad. ¡Cuánto debieran rogar los católicos por la conversion de Inglaterra!

Nada he dicho todavía ni de la manera con que practicamos en el viaje nuestros ejercicios religiosos, ni de

las oraciones que sin cesar elevamos al cielo por nuestros bienhechores. Cada día ofrecemos por ellos al Señor nuestras penas y nuestros sufrimientos, como también por nuestros pobres negros, á quienes venimos á evangelizar. Son estos unos niños ya grandes, pero sin malicia alguna. ¡Cuán abundante es la miés y cuán bella! Pero ¡cuán pocos los operarios y cuán grandes las dificultades!

Todos los domingos nos hemos esmerado en celebrar solemnemente los oficios de la Iglesia. El altar estaba erigido bajo la tienda principal, con las telas levantadas y rodeando la entrada nuestros auxiliares armados. Cantábamos todas las preces de la liturgia, bien puede cualquiera figurarse con qué ardor, atendido que era la vez primera que las divinas alabanzas resonaban en medio de estas llanuras ó de estas selvas del Africa. A la Elevación resonaban los clarines; nuestros auxiliares hincaban la rodilla, y los negros de nuestra caravana, con todos los que habían acudido de los lugares comarcanos, abrian los ojos de sorpresa y de admiración. ¡Pobre gente! La mayor parte de ellos no tiene idea alguna distinta de un Sér supremo: cuando les hablamos de El, nos contestan que no saben quién es. En materias de culto no conocen más que los procedimientos de hechicería. ¡Quiera el Señor servirse de nosotros para disipar pronto tan densas tinieblas, á cuyo fin nos encomendamos humildemente á las oraciones de todas las personas que se interesan por nuestra Mision.

Al ocuparse principalmente, como es su deber, de los intereses de las almas, los misioneros del Africa ecuatorial no olvidan los de la ciencia. Antes de su partida para Zanzibar, dos de ellos, los PP. Ruellan y Moncet, fueron enviados por sus superiores á París á fin de tomar en el Museo de historia natural y en el Observatorio de Monsouris lecciones prácticas para las observaciones de geografía, física, astronomía é historia natural que estén en el caso de hacer en sus lejanas Misiones. El P. Ruellan manifiesta á sus compañeros de Argelia que nada se ha perdonado para poner en práctica sus útiles lecciones.

Cada vez que llegamos á un nuevo campo, escribía, mi primer cuidado es determinar su posición geográfica, siempre que me lo permiten las calenturas y el sol. En Ruleua (próximamente á la mitad del camino de Bagamoyo á Mpuapua), quedéme atrás para tomar la altura del sol y practicar otras operaciones que no había podido la víspera. Instalé mi instrumento, y aguardé que el sol se dejase ver por encima de la niebla que me ocultaba su faz. Esperé hasta las once, rodeado de casi todos los hombres del pueblo, que daban vueltas al rededor de mi teodolito, dando gritos de sorpresa y admiración.

Tampoco descuidamos la cuestión de las distancias, y en este punto creo que nuestra caravana ha medido exactamente la longitud del camino entre Bagamoyo y Mpuapua, la cual es próximamente de 330 kilómetros.

Llevo siempre conmigo mis aparatos fotográficos, bien que estos no nos serán verdaderamente útiles hasta que nos detengamos en algún punto por bastante tiempo. En Tabora principalmente pienso servirme de ellos para remitir copia fiel de todos los tipos extraordinarios que se presentan cada día á nuestros ojos.

El P. Ruellan ya no existe. Precisamente en Tabora quiso Dios llamar á sí al jóven y animoso misionero, víctima del tífus el 24 de Noviembre de 1879, á la edad de veintiseis años.

UNA VISITA Á SAN ANTONIO DE SOGNO

(CONGO).

Extractamos la siguiente relación de una memoria dirigida por el Rdo. P. Carrie al M. Rdo. P. Schwindenhammer, superior general de la Congregación del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, fechada en Landana el 30 de Setiembre de 1877.

I.

En una memoria precedente le di cuenta de mi viaje á Mboma (1). Permitame le hable hoy de la interesante visita que he hecho al rey y á las gentes de San-Antonio.

No le son á V. desconocidos todos los recuerdos religiosos concernientes á la antigua Iglesia de San-Antonio. Allí abordó por primera vez Diego Cam cuando descubrió el Congo. El conde de Sogno fué quien, entre todos los primeros negros del Africa, tuvo la dicha de recibir el bautismo en 1491: allí mismo abordó en 1645, con todos los Religiosos Capuchinos que le acompañaban, el P. Buenaventura de Sorento, primer prefecto apostólico del Congo. Durante mucho tiempo Sogno fué su residencia y una de sus principales estaciones. Varios Religiosos de relevante mérito, tales como los PP. Cavazzi, Merolla y Zucchelli habitaron esa residencia.

Más tarde, cuando los condes de Sogno se hicieron independientes de los reyes del Congo, y tuvieron el título de duques, pusieron en relación directa con los Soberanos Pontífices y los príncipes cristianos de Europa. Repetidas veces tuvieron también que sostener guerras contra los portugueses, de las que salieron constantemente bien librados.

Cuando, hace un siglo, se retiraron los misioneros, ese pequeño Estado perdió al mismo tiempo mucha parte de su importancia. Sin embargo, el P. Poussot, primer viceprefecto apostólico del Congo después del restablecimiento de esa Mision, encontró en él en 1866 una iglesia y vestigios de cristianismo. Importaba visitar de una manera más detenida esa antigua cristiandad, y el Rdo. P. Duparquet tuvo á bien confiarme tan importante empresa, cuyo éxito ha sobrepuesto nuestras esperanzas.

Este éxito, justo es confesarlo, débese en gran parte al generoso y benévolo concurso del Sr. Abraham Conquy, quien ofrecióme gustoso uno de sus vapores para que me transportase á San-Antonio. Acompañóme en persona, y ha usado en mi favor de todo el prestigio y autoridad de que goza entre los negros.

En la mañana del 2 de Abril el vapor *Fanny* partió de Banana para dirigirse á San-Antonio. Esta pequeña ciudad está situada á tres leguas hacia el interior, en la orilla izquierda de un gran río, ó mejor de un puertecillo que comunica con el Zairo. A la entrada de este río encontrábanse en otro tiempo dos factorías, una francesa y otra holandesa, que tuvieron que ceder ante las artimañas de los indígenas y retirarse. Al presente sólo hay una pequeña factoría brasileña.

A las diez de la mañana el vapor fondeó ante la primera población, la del *mambuc* (2). Los negros habían

(1) Publicámos esta relación en nuestro número de 15 de Marzo de 1880, pág. 105.

(2) El *mambuc* es el primer señor del reino. Este nombre parece derivado de las siguientes palabras de la lengua fiota, hablada en todo el Congo: *Ma*, que quiere decir *de*, y *mbucu*, nombre dado á una grande villa de Caongo. *Ma* es una partícula nobiliaria, que añadida como determinado al nombre de una localidad, designa el dueño ó el señor. Así se dice *Matendo*, *Mamoba*, *Macaongo*, etc., para señalar los señores ó los reyes de *Tendo*, de *Moba* y del *Caongo*.

izado el pabellon francés, al que saludámos con dos cañonazos. Al momento multitud de piraguas destacáronse de entre los nopales y vinieron á nuestro encuentro. Al mismo tiempo una regocijada muchedumbre corria á la ribera, encaramábase á los árboles y prorumpia en gritos de júbilo. Los hijos del *mambuc*, acompañados de los señores y de los grandes del país, acercáronse los primeros para visitarnos; pero no se les permitió subir á bordo hasta la llegada del *mambuc*. Este nos aguardaba en su pueblo; mas sabiendo que se deseaba verle á bordo, descendió al instante á la orilla, y vino á presentarnos sus homenajes sobre el puente de la *Fanny*. Es un bello anciano de cabeza cana y por lo menos octogenario, siendo notable su fisonomía por su expresion de franqueza y de dulzura. Un gran manto rojo, guarnecido de galones de oro, un gorro del mismo color, en forma de turbante, con una bellota de oro en la parte superior, realzaban singularmente la majestad de ese patriarca africano. Saludado con un cañonazo, sube á bordo, é introdúcese en el salon, en donde se le ofrece un refresco. Venia con nosotros uno de sus hijos, jóven de notable inteligencia y de fisonomía distinguida. Su padre le habia colocado en la casa francesa de Banana, para que en ella aprendiera la lengua de los blancos y recibiese buena educacion. Cuando se le presentó al viejo *mambuc*, arrodillóse el jóven á los piés de su padre, inclinóse, y luego se levantó palmoteando en señal de respeto, segun la costumbre del país. El padre puso la mano sobre la cabeza del hijo, y con el pulgar trazó en su frente la señal de la cruz. Durante esta ceremonia pronunció algunas palabras en voz baja, como si orase para atraer sobre su hijo las bendiciones del cielo.

Terminadas estas recepciones, fuí presentado al príncipe por el Sr. Conquy, como ministro de Dios (*Ganga nʒambiampongu*). Instantáneamente todas las miradas fijáronse sobre mí; oyéronse exclamaciones de sorpresa, y el respeto y cierto temor se manifestaron en todos los semblantes. Dicho señor expúsoles el objeto de mi visita, que complugo á todos sobremana. Por último dijo al *mambuc* que queria conducirme ante el rey, y le suplicó que nos acompañase, lo que hizo de muy buen grado. Levóse el ancla y dirigímonos hácia la villa del rey, á la que llegámos en cinco minutos. Esa villa, situada á lo largo de la ribera, ocupa un espacio de 2 kilómetros próximamente de longitud sobre 60 á 80 metros de ancho, y está estrechada entre la ribera y la vertiente de un ribazo, en cuya cima comienza la vasta meseta de San-Antonio. En el centro de esta planicie encontrábase en otro tiempo la ciudad de Sogno, sede central de la prefectura apostólica. Las piraguas de la poblacion del *mambuc* nos habian seguido á la del rey; otras vinieron á unirse á las primeras y nos acompañaron hasta tierra, en donde encontrámos innumerable multitud, cada vez más creciente. En la orilla aguardábanos los ministros y el séquito del rey, que nos condujeron á la gran plaza de la villa. Habíanse extendido tapices por el suelo y preparádose un trono para el rey, destinándose para los blancos sitios cubiertos con ricas telas: el mio ocupaba el lugar de honor en frente del soberano. El Sr. Conquy estaba á mi derecha, y en torno nuestro se dispusieron en círculo otras sillas más ordinarias, bastante parecidas á las camas de los antiguos.

Transcurridos breves instantes presentóse el rey conducido en su palanquin y rodeado de las gentes de su casa que sostenian sobre su cabeza un ancho quitasol. Un sombrero de brigadier, adornado con un galon de oro, en forma de escarapela; un ceñidor de brillantes colores y un redingote negro eran los principales ornamentos de S. M. D. Joao (Juan), antes conde, y hoy rey de Sogno.

D. Joao es de majestuoso porte, elevada estatura, semblante serio, aunque templado por ligera sonrisa, y mirada penetrante. Saludónos con bondad, y despues de estrecharnos afectuosamente la mano invitónos á que tomáramos asiento.

Acto continuo el Sr. Conquy me presentó al rey, participándole mis títulos, el objeto de mi visita y mi desig-nio de hacer en su país una mision, ó por lo menos una estacion, si lo consentia y prometíame seguridad. Respondió el monarca que estaba satisfecho de verme, y lo estaria aún más si desde aquel momento queria establecerme en su pueblo. Manifestéle cuánto me complacian sus ofrecimientos, y que en prueba de mis intentos y de la confianza que tenia en su palabra y en las buenas disposiciones de sus súbditos, pedia permanecer dos ó tres dias entre ellos para inaugurar el ejercicio de mi ministerio bautizando á los niños. El rey y todos los que le rodeaban aceptaron gozosos mi propuesta, y dieron órdenes para que se me preparase un alojamiento y todo lo que me fuese necesario.

Respondiendo á las encarecidas recomendaciones del Sr. Conquy aseguróme de nuevo que nada tenia que temer, y que seria completamente libre de hacer lo que quisiese; prometiéndome además que me acompañarian á Banana cuando fuese mi voluntad. El rey concedióme al instante una piragua y algunos hombres para que fuese á este último punto á buscar mi altar portátil, pues no habia previsto que mi visita se prolongase más allá del dia. En cuanto á los europeos que me acompañaban debian disponerse para regresar á Banana. El príncipe despidióse dándonos inequívocas muestras de amistad. Los indígenas me parecieron bien predispuestos; y sin embargo observé que todos los blancos mostrábanse bastante inquietos al dejarme solo en medio de esos terribles Mossorongus, tan temidos por los europeos. Separámonos, pues, tierna y tristemente, y cuando el doctor Lucan (1) estrechóme la mano, una lágrima vino á humedecer sus párpados, casi como si se tratase de una perpétua despedida. Por mi parte estaba completamente tranquilo.

Así que los blancos hubieron partido, los negros condujéronme á la habitacion que me habian preparado, que era el primero y más hermoso *chimbeque* (2) de la villa. Componíase de dos piezas: la del fondo me servia de dormitorio y de almacen, y la otra de comedor, de locutorio y de capilla: en esta once niños debian renacer á la vida de la gracia. Al llegar á mi habitacion encontréla rodeada de curiosos y asimismo de gente más útil. El cocinero estaba instalado con algunas piedras y varias marmitas semidesfondadas, y tan absorto en sus

(1) El Sr. Lucan, médico francés y sabio naturalista, ha venido al Congo para hacer aquí estudios de historia natural. Es un excelente católico, celosísimo de los intereses de la Mision, y consagra á nuestro numeroso personal los más solícitos cuidados. Oiso acompañarme durante mi viaje á causa del estado de mi salud.

(2) Nombre indígena de las cabañas de los negros.

tareas que nada podía distraerle. Un enorme baobal, protector de mi morada, era lo único que cobijaba su cocina y sus salsas, las que, por lo demás, eran muy sencillas. Preparóme una gallina con aceite de palmera y cierto condimento que nunca supe comprender, y que debe ser muy comun en el país. Además de este personaje de primera importancia habíanme destinado un pequeño doméstico, cuyas funciones consistían en prestarme todos los servicios que se ofreciesen. Este era el *mulék*, el criado de la casa. Tiene quince años y llámase Miguel: es hijo del rey difunto D. Domingo, y sobrino del rey actual. Es muy inteligente, y se me ha mostrado constantemente adicto. Habiéndome pedido le permitiese acompañarme á la Mision de Landana, se lo he concedido con gusto, y en la actualidad encuéntrase aquí aprendiendo el francés y dedicándose á los trabajos de la agricultura. El intérprete del rey, que habia estado muy ocupado hasta despues de la partida de la *Fanny*, pidióme permiso para retirarse, y me dejó para reemplazarle uno de los hijos del rey.

El día adelantábase, y tenia que pensar en mi brevulario: instaléme, pues, al pié del baobal, rodeado de una compacta multitud, que me observaba con curiosidad y que nada comprendía de lo que hacia el nuevo blanco. Por fin, cansados de verme siempre en la misma actitud, retiráronse poco á poco y me dejaron tranquilo. Cumplidos mis deberes, apresuréme á dar la vuelta á la poblacion, acompañado de gran número de guías. Subí el ribazo que está detrás de mi morada, y desde la cumbre de esa colina divisé en direccion del Oeste, y á distancia de unos 200 metros, un valle profundo y cubierto de verdes árboles, al rededor del cual hay los pueblos del *mambuc* y del *capita*. Este último es el segundo personaje del reino. Al Sur percíbese la vasta llanura de San-Antonio, y al Norte admíranse las factorías de los europeos, en la península de Banana. Despues de gozar breves momentos del magnífico panorama, recorrí los diferentes barrios de la villa real, encontrando en todas partes una poblacion numerosa, pacífica y maravillada de verme. Los niños sobre todo hacíanse notar por su número incalculable, su despejo y la belleza de sus formas. Las casas son limpias y aún elegantes, no siendo raro dar con habitaciones en las que un europeo se encontraría poco menos que á su gusto. Pedí varias veces que me acompañaran á la morada del rey, y siempre mis guías, embarazados, procuraban eludir la cuestion invitándome á visitar otros grupos de casas. Comprendí que no debia insistir, y recordé que el Sr. Neves, comerciante portugués del rio San-Antonio, me habia dicho que no estando el rey todavía coronado, no podía permanecer sino en una de las moradas más comunes. Esta es sin duda la razon por que nunca recibe en ella á los europeos.

De regreso á mi posada encontré dispuesta la comida y mi apetito pronto para honrarla. Aquella no tenia de real sino el nombre: una gallina con salsa y algunas rebanadas de *chikoangué* (yuca) tostadas, tal era el festín tan cuidadosamente preparado por mi famoso cocinero. Despues de la comida los ancianos del lugar vinieron á hacerme compañía. Volvió tambien el intérprete, como me lo habia prometido, y todos estaban impacientes por saber lo que iba á decirles. Recordéles lo que habia sido

en otro tiempo su país, y díjeles que venia con el designio de establecerme de nuevo entre ellos para instruirles y bautizarles, á fin de que toda la comarca volviese á ser civilizada y cristiana. Me comprendieron y quedaron satisfechos de mis palabras. Querían que pusiese manos á la obra inmediatamente; mas híceles presente que, no siendo yo el superior de la Mision, era preciso entenderme primero con el que tenia este cargo. Juzgué, no obstante, que podia prometerles que volveríamos para hacer construir entre ellos una casa, en la que permaneceríamos de tiempo en tiempo para instruirles y bautizarles, «porque, añadí, sé perfectamente cuánto desea mi superior el seros útil: él es quien me envia para visitaros, y cuando esté al corriente de vuestros deseos y disposiciones, ciertamente no os dejará abandonados.»

Pasóse la velada en estas conversaciones: hacíase tarde, y les hice observar que el blanco, habiendo viajado y hablado mucho, tenia necesidad de reposo. Acto continuo se retiraron todos, y mi habitacion quedó en silencio. Despues de dar gracias á Dios por tantos beneficios, entré en mi aposento. Antes de separarme del intérprete del rey, convenimos en que se avistaria con este príncipe y le pediría en mi nombre una audiencia para el día siguiente, á mi regreso de San-Antonio. Habia además prevenido al Sr. Neves que partiría para este punto, y que puesto que deseaba acompañarme, se sirviese encontrarse por la mañana en la villa del rey.

A la mañana siguiente el rey enviéme su litera, sus portantes y su intérprete. Habiendo llegado el Sr. Neves con sus hombres y sus provisiones, íbamos á emprender la marcha, cuando de repente oyóse un gran clamoreo. Era debido á que llegaban multitud de jóvenes trayendo un niño que se habia extraviado la vispera. Habíase pasado la noche en lágrimas y gritos de dolor: el día y la noche transcurrieron en gozo y en fiestas no menos ruidosas.

En medio de este tumulto indescriptible subimos á nuestro palanquin y atravesámos con rapidez por entre la multitud que saltaba alborozada. Nuestros portantes, participando del público entusiasmo, parten como flechas á través de llanos y ribazos. En pocos momentos estamos á la extremidad opuesta de la villa y corremos por la llanura. En seguida suscitase competencia entre mis portantes y los de mi compañero de viaje, joven mucho menos pesado que yo. Los últimos quisieron aprovecharse de esta ventaja, y los primeros, que eran sirvientes del rey, no quisieron quedar en zaga de los hombres de otra localidad y portantes de un pequeño blanco: además, tenían el insigne honor de llevar á un *Ganga nzambiampongu*; era, pues, absolutamente preciso llegar primero. Nunca he visto cosa más curiosa y extravagante que las zancajadas y gestos que se hacían en torno de mi palanquin. No debia tener sino cuatro portantes, y eran por lo menos quince, jóvenes todos y vigorosos, quienes corrían, saltaban, y con sus gritos de increíble energía excitaban continuamente á los que llevaban al blanco. Estos últimos, como fuera de sí, hacían esfuerzos inauditos, y sudando á mares relevábanse unos á otros sin interrumpir la carrera. Sus adversarios, sin embargo, estrechábanles de cerca; hasta iban á adelantárseles, cuando uno de mis portantes, en su desesperacion y como recurso extremo, coge al vencedor que pasa

cerca de él, y faltó poco para que todo rodase por el suelo, quedando así terminada la lucha.

Habíamos franqueado gran parte de la llanura, por la que se encuentran diseminadas plantaciones de yuca, de habichuelas y de alfónsigos. En los años fértiles esta llanura queda transformada en jardín, y en todo tiempo es un vasto vergel plantado de gigantescos manzanos, de palmeras, cocoteros, etc. En dirección de Norte á Sur corre una larga cadena de montañas, y en todo lo demás no se percibe sino una vasta llanura, ó mejor un inmenso bosque.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos de marcha advertí un bosquecillo de magníficos cocoteros, mucho más corpulentos que cuantos había visto hasta entonces, y muy cerca de él una modesta casa construida de tapias y cubierta de paja: era la capilla de San-Antonio.

CRÓNICA.

Roma. — El Rmo. P. Bernardino, ministro general de los Menores Observantes, desde el convento de *Araceli* ha enviado á los provinciales de la Orden Seráfica una circular para comunicarles la encíclica pontificia *Sancta Dei civitas*, exhortándoles á que correspondan á los deseos del Padre Santo recomendando y haciendo recomendar, por todos los religiosos dependientes de su jurisdicción, la *Obra de la propagación de la fe*.

El reverendísimo Padre General de los Observantes declara que considera de la mayor importancia el cumplimiento de este deber, no sólo á causa del respeto y de la sumisión absoluta debidos á la Sede apostólica, si que también en testimonio de gratitud por los grandes beneficios que dicha Obra ha hecho á las Misiones franciscanas, sobre todo á las de la China, tan cruelmente afligidas en estos últimos tiempos por el hambre, la guerra y la peste. Al terminar dice: «Al paso que se esfuercen por aumentar la prosperidad de la *Obra de la propagación de la fe*, nuestros amadísimos hermanos darán indirectamente un fraternal auxilio á nuestras pobres Misiones de China, Albania, Alto-Egipto y Oriente.»

Gibraltar. — El Rdo. Juan Cagliero, misionero salesiano que partió de Marsella el 8 de Febrero, al mismo tiempo que muchos de sus compañeros destinados á las Misiones de la República Argentina y de la Patagonia, da los siguientes detalles acerca de su paso por Gibraltar:

«A las once de la noche descendimos del vapor para ocupar una pequeña barca. La luna derramaba su melancólica luz sobre la bahía, en aquel momento silenciosa. Alta estaba la marea: las olas del Mediterráneo estrellábanse contra las del Océano, y el agua saltaba sobre nuestros vestidos y equipaje: en media hora llegamos al muelle, en donde nos aguardaba una sorpresa. El centinela inglés nos detiene y opónese á nuestro desembarque si no presentamos un permiso escrito del gobernador de la plaza. Era media noche; silbaba el viento, y para colmo de desventura estaba mojado hasta las rodillas á causa de haber dado un paso en falso al saltar de la barca sobre las gradas del muelle. Gracias á la complacencia del Sr. Corsi, que prestó fianza por nosotros, pudimos por último, pasando por doble hilera de cañones, de granadas y centinelas, entrar en la ciudad, y poco después dormir tranquilamente.

«Gibraltar, antiguamente Calpe, es una de las dos columnas de Hércules, que defiende el paso del Atlántico, teniendo al frente y no muy distante la otra columna del monte africano, llamado Abyla. Tiene 3 millas de longitud y 500 metros de altura, y está unido á la península ibérica por una lengua de arena. La ciudad está sentada sobre este escollo gigantesco, y su población asciende á 16,000 habitantes, de los cuales 2,000 son transeúntes y 6,000 soldados. Posee una pequeña catedral y dos iglesias. La población, casi enteramente católica, habla el idioma y tiene las costumbres de España. La lengua oficial es la inglesa. Los soldados, católicos ó no, saludan al sacerdote y los centinelas le presentan las armas. Todo el clero de Gibraltar puede contarse con los dedos de ambas manos; es muy bueno y piadosísimo, y vive en comun en el claustro como en los primeros siglos.

El Ilmo. Narciso Pallarés, que llena las funciones de vicario capitular desde la muerte del Ilmo. Scandella, es un pequeño anciano muy simpático. Como debíamos detenernos aquí tres días para esperar el buque de Cádiz, quiso que todos siete, mañana y tarde, tomásemos parte en un agape lleno de cordialidad.

«El domingo por la mañana asistimos á un espectáculo de los más conmovedores. A la misa de las nueve la catedral llenóse de soldados y oficiales irlandeses, no en cuerpo, sino formando diversos grupos separados. Rezaron sus oraciones en alta voz, asistieron á la misa, y escucharon religiosamente el sermón que se les hizo en inglés. Las señoras estaban en la tribuna en el fondo de la iglesia. Un oficial servía al sacerdote en el altar; muchos se acercaron á la sagrada Mesa, entre otros uno que ostentaba en el pecho multitud de medallas concedidas al valor militar.

«Mañana entraremos definitivamente en el Estrecho, costearo las playas del Atlántico hasta Cádiz.»

Siria. — El Rdo. Efren Abiad, superior del seminario sirio de Charfet, en el monte Líbano, escribe recientemente:

«Los drusos están cometiendo espantosos estragos en el Hauran. Furiosos á causa de la enérgica represión por la cual Midhat-bajá, valí de Siria, puso fin el año último á sus rapiñas pasando al filo de la espada á trescientos de sus compatriotas, hanse arrojado en número de 1,500 entre caballeros y peones sobre los dos importantes pueblos de Alcurque y Uad-el-Old, destruyéndolos hasta sus cimientos. Han inmolado con refinamientos de inaudita crueldad á 165 turcos, torturando á mujeres, doncellas y niños, y por fin degollándolos: las atrocidades cometidas en esta circunstancia son indecibles. Otras catorce poblaciones han sido despues teatro de los mismos horrores.

«Los cristianos de Damasco, que recuerdan todavía las matanzas de 1860, temen que estos bandidos lleguen hasta su ciudad, no muy distante del Hauran.

«Esperamos, pues, que el Gobierno turco remediará tan deplorables males. Hamdi-bajá, el actual valí de Siria, trabaja con todas sus fuerzas para restablecer la paz. Un destacamento de tropa que se había embarcado en Beyruth con destino á Constantinopla, ha sido llamado por S. E. para combatir á los drusos.»

Jerusalén. — «Tenemos, dice el Rdo. P. Ratisbona en el último número de los *Annales de Notre Dame de Sion*, en nuestra escuela de artes y oficios (Institución de san Pedro), la más encantadora colección de niños de Jerusalén. Piadosos, inteligentes, obedientes, amables, forman un conjunto enteramente consolador.

«Cada uno de ellos aplicase seriamente al trabajo de su profesión: no hay uno solo que en su taller no guarde el silencio de regla; ni uno que se permita distraer á sus compañeros; pero asimismo, cuando suena la hora de la recreación, da gusto ver el entusiasmo con que se entregan á ella esos pequeños árabes.

«En medio de esta juventud bulliciosa hay un niño que es una excepción del resto de la infantil comunidad. Ese personaje, de siete á ocho años, llámase *Ibrahim*; es de Jerusalén, y su tipo enteramente particular. No es posible daros idea de su gravedad y de su aire sentencioso; sus compañeros le apellidan *bakim*, que significa doctor.

«Pocas semanas há el Rdo. P. Ceferino llamó á este imberbe doctor, y le dijo: —*Ibrahim*, ¿quieres abandonar el taller de zapatero para trabajar en la fotografía y en la encuadernación?»

«Cualquier otro niño en su lugar hubiérase apresurado á aceptar semejante trueque. *Ibrahim* reflexionó un instante, y luego dió esta juiciosa respuesta: —Prefiero continuar siendo zapatero: mi padre y mis hermanas no se harán fotografiar continuamente, ni tienen libros que hacer encuadernar; pero siempre tendrán necesidad de recomponer sus zapatos: así, quedando zapatero podré continuar siendo útil á mi padre y á mis hermanas. —

«¿No es admirable por su buen sentido y sobre todo por su buen fondo la respuesta de este querido niño? Dudo que Salomón en su primera infancia hablara con mayor perspicacia y sabiduría.»

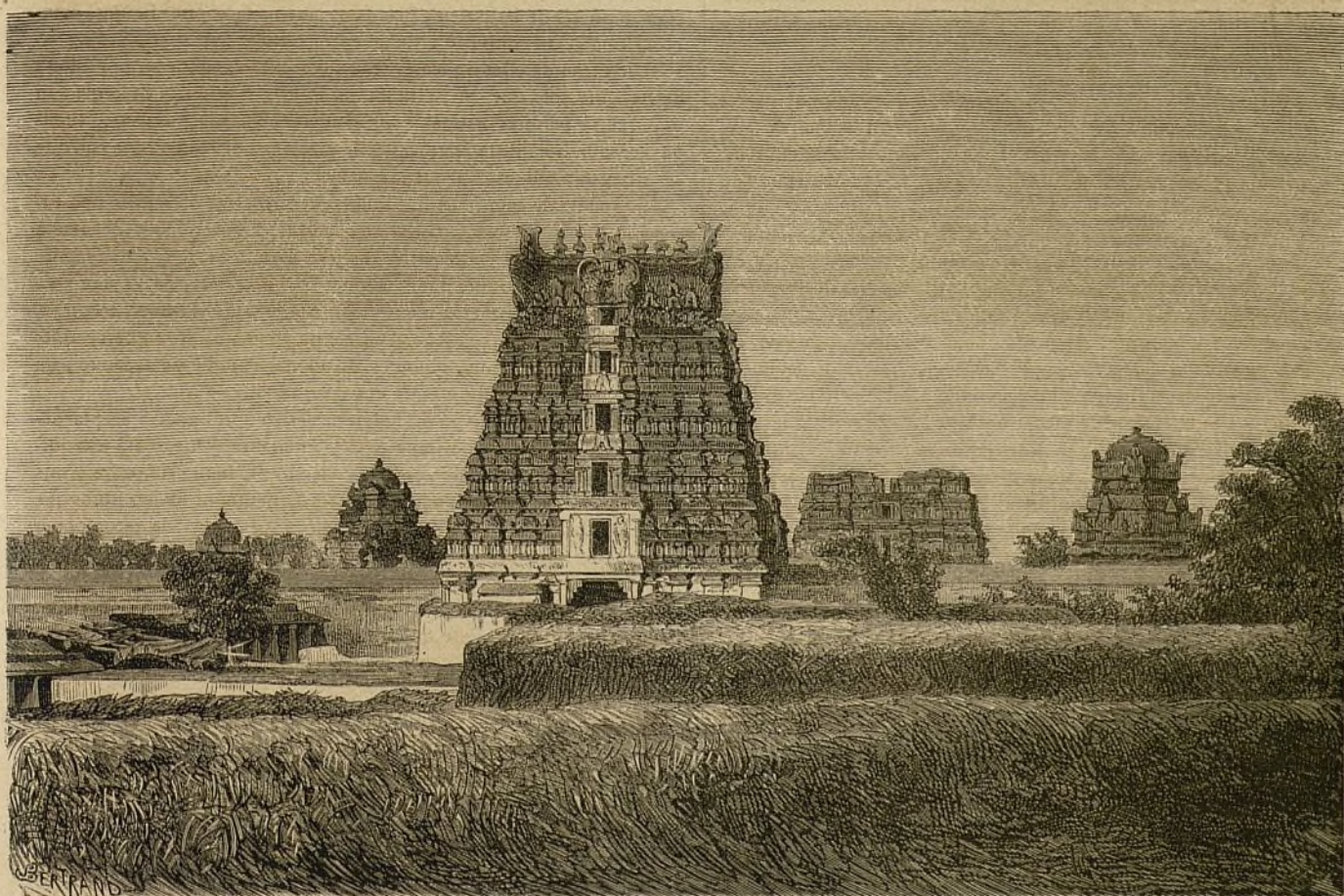
Madras (Indostan). — El *Madras Mail* publica la lista de los *Tellows of the university of Madras* (miembros honorarios de la universidad de Madras) recientemente promovidos á esta eminente dignidad. Entre ellos cuentanse el Rdo. Colgan, vicario general de Madras, y el Padre F.-A. Jean, de la Compañía de Jesús, rector del colegio de San José de Negapatam.

Hé aquí cómo se expresa dicho periódico protestante al dar cuenta de estos dos nombramientos:

«Los notables y desinteresados servicios prestados durante muchos



MADURÉ (Indostan). — Gran pagoda de Ramseram. (Pág. 311).



MADURÉ (Indostan). — Gran pagoda de Ramseram. (Pág. 311).

años á la religion y á la educacion en la Presidencia de Madras son reconocidos por los nombramientos del M. Rdo. Colgan y del reverendo P. Jean en el Senado de la universidad.»

Mayssur (Indostan).— La comunidad católica de Bangalora ha enviado al nuevo maha-rajah de Mysora, por medio del Ilmo. Coadou, vicario apostólico del Mayssur, un mensaje de felicitacion. En su respuesta el principe se expresa en estos términos:

«Todos los que trabajan por la Religion prestan eficaz concurso al Gobierno, y los católicos romanos en particular inculcan en el espíritu del pueblo, como nadie duda, ideas de orden y principios de lealtad. Los 26,000 cristianos de Mysora viven en paz con sus compatriotas de las distintas comuniones, demostrando así que los católicos, á la vez que se esfuerzan en propagar sus creencias, evitan cuidadosamente perturbar las instituciones sociales. Permitame V. I. le dé la seguridad de mi apoyo y de mis simpatías por su Mision.»

Pondichery (Indostan).— El Rdo. Feron, de las Misiones extranjeras de París, escribe desde Virior una carta de la que damos el siguiente extracto, que indudablemente será leído con interés:

«Desearia en el alma antes de morir ver mi iglesia terminada, pues temo que si la dejo sin concluir quedará así por un tiempo indefinido. S. I. está muy satisfecho de que emprenda esta obra, y me alienta y elogia, ya que no puede darme dinero. Es preciso que yo y mis amigos lo sufraguemos todo.

«Entre tanto celebramos el santo sacrificio de la Misa en un local sin puertas ni ventanas, con paredes de tierra, desprovistas de adornos, y techo de yerbas secas. Nuestro Señor no se desdén, sin embargo, de descender todos los días sobre la tosca tabla que nos sirve de altar, pero es imposible conservar el santísimo Sacramento en semejante lugar, parte del cual sirve para escuela de niños, y la restante para otra de niñas. Y tambien es imposible, por lo mismo, llevar el santo Viático á los enfermos, sino es en la misma poblacion, por la mañana, inmediatamente despues de la misa. Los enfermos de las poblaciones distantes mueren sin este consolador Sacramento.

«Hace veinticinco años que estoy en la Mision, y siempre he tenido que lamentar esta privacion, que deseo evitar á mis sucesores.

«Por de pronto, tengo ya cien mil ladrillos dispuestos para entrar en el horno: me faltan otros tantos. Pasada la Pascua llamaré á los albañiles, y este año levantaremos tres ó cuatro piés de paredes, tal vez cinco ó seis, según esté más ó menos vacío mi bolsillo. Luego continuaremos otro año, durando este trabajo siete u ocho, que bien podemos hacerlo, pues todo es para Dios.»

Japon.—El Rdo. Lemaréchal, misionero del Japon septentrional, escribe desde Yokohama con fecha 10 de Febrero:

«Acabamos de construir una capilla en Morioca, cabeza del departamento de Iwaté. Mide 20 metros de largo por 8 de ancho; pero no permitiendo nuestros recursos edificar al lado una casita para residencia del misionero, hemos tenido que reservar á este objeto una longitud de cerca 4 metros detrás del coro. La capilla es de tres naves de estilo muy sencillo, que sin embargo no excluye el buen gusto. Las paredes son de madera, como la mayor parte de las casas japonesas, quedando así, por desgracia, poco preservadas del agua y del fuego. Sin duda, bajo este punto de vista, hubiera sido más ventajosa la construccion hecha con ladrillos, pero estos cuestan caro en Morioca, y aun son de mala calidad. El suelo, como se acostumbra en el Japon, está cubierto de esteras desde la puerta de entrada al santuario.

«El día de la inauguracion hemos tenido misa cantada, cosa bastante rara en este país. Todos nuestros neófitos, alegres y satisfechos por tener una iglesia nueva, habíanse puesto sus *tabi* (medias) blancas y su hermoso ceñidor, sin olvidarse de participar á sus parientes, amigos, vecinos y conocidos, que en tal día se verificaria una ceremonia extraordinaria en el nuevo *Tenchudo* (casa del Señor del cielo); así es que la multitud de curiosos fué considerable.

«Diré ahora algunas palabras sobre esta cristiandad.

«Cuando, hace dos años, llegué á Morioca, sólo encontré quince cristianos, y aun poco instruidos á causa de vivir tan lejos y de las raras visitas de los misioneros. A mi partida he dejado 150 de ellos, y en su mayoría se han aprovechado bien de las gracias que Dios les ha concedido. Véase un ejemplo entre otros.

«A principios del año pasado, viendo la buena voluntad que algunos mostraban en frecuentar los Sacramentos, á fin de fomentar más y más en ellos la verdadera piedad, insistí en la devocion á la divina Eucaristía. Díjeles que en los países católicos habia una bella y admirable institucion llamada la Adoracion perpétua, y explíqueles su obje-

to y su práctica. Luego invoqué su buena voluntad, animándoles á imitar esta devocion. En vista de su corto número, no les exigí que hubiera constantemente uno de ellos en la iglesia, sino que á lo menos cada día, mañana y tarde, se pusiese uno en adoracion por espacio de una hora. Mi proposicion fué aceptada con afán: todos los que pudieron buenamente diéronme su nombre; escogió cada cual su día, y desde entonces hacen con regularidad sus horas de Visita.

«Lo que ha retardado mucho y retardará todavía los progresos del Evangelio en estas comarcas del Norte son las calumnias propaladas, hace más de dos siglos, contra la religion cristiana, siendo tanto el crédito que gozan entre el pueblo, que se amenaza á los niños discolos con hacerlos llevar por los *christians*, y esta amenaza produce siempre efecto. Pero tales preocupaciones han disminuido ya perceptiblemente en Morioca y sus cercanías. En general, el pueblo de estas comarcas es bueno y afable; no ha perdido su sencillez, hermana de la honradez, sin duda porque el progreso *moderno* no ha tenido aún ocasion de hacer penetrar hasta aquí su desmoralizadora influencia. Pero es de temer que no suceda siempre así. Esperemos, sin embargo, que el Catolicismo tendrá el tiempo necesario para echar aquí con antelación profundas raíces.»

Tong-king occidental (Anam).—El Rdo. Leon Girod escribe lo siguiente desde Ke-Vinh:

«El aposento en que escribo estas líneas tiene todavía algunas columnas que, según me han dicho, eran en otro tiempo las del refectorio del Ilmo. Retord y de sus misioneros, cuando Ke-Vinh era la capital católica del Tong-king occidental. De aquel tiempo para siempre memorable quedan sólo recuerdos, pero recuerdos fecundos que la persecucion no podrá destruir jamás. En este venerando lugar todo ha sido revuelto y cambiado: sin embargo, todavía se enseña el sitio en donde el Ilmo. Retord hacia el camino de la cruz, y en donde el V. Pedro-Francisco Neron tenia su cátedra de primer profesor de la Universidad anamita. En un extremo del jardín hay el sepulcro, nuevamente construido, que encierra los despojos mortales de tres obispos: los Ilmos. de Gortyne, Olivier y Havard. En el sitio en que antiguamente se levantaba la iglesia, un verde arbusto crece sobre la sepultura del V. Bonnard y de otros dos mártires indígenas, cuyos preciosos restos esperan todavía que venga á buscárseles para colocarlos en los altares.

«Ke-Vinh es un lindo pueblo situado junto al Song-cai. Sus habitantes, que todo lo perdieron durante la persecucion, no son muy ricos, pero valientes, y gracias á su valor pudieron salvar su pueblo de una nueva destruccion cuando los disturbios de 1874.

«Hace mes y medio que voy administrando varias cristiandades en compañía del P. Cadro. Como un asunto importante reclamase aquí su presencia, quedé solo durante unos quince días, predicando y confesando según mis fuerzas. Los cristianos tongkineses se portan bastante bien. Indudablemente tienen sus miserias como todo hijo de vecino; pero creo que Dios en su bondad les mira con ojos de misericordia toda especial.»

Africa central.—Segun un viajero que ha visitado recientemente Khartum, en donde habia permanecido tres años atrás, esta ciudad ha cambiado considerablemente en tan corto espacio de tiempo. «La colonia europea, dice, la ha transformado del modo más completo. La Mision católica se ha constituido maestra de la poblacion. Los negociantes han importado en ella todos los productos de la industria europea; por do quiera vense casas y magníficos bazares en los que uno puede proporcionarse todo lo que reclaman las necesidades de la civilizacion moderna. Asimismo se ha convertido en un centro de exportacion para los productos del Sudan, como son, cera, goma y marfil. La navegacion por el Nilo, entre Khartum y el Sudan, es peligrosa á causa de gran número de escollos; pero es muy fácil desembarazar el lecho del rio, y espérase que el Gobierno dará orden para hacerlos volar.»

Los misioneros lamentanse de que la trata de negros sea más activa que nunca en el Sudan egipcio. Léjos de tomar medidas para impedir la, las tropas regulares participan de ella en el Nilo-Blanco, en donde capturan millares de esclavos de ambos sexos. Uno de los misioneros del Ilmo. Comboni ha visto en Fachoda conducir gran número de niños al mercado. Otro refiere que los montes al Sur del Kordofan son habitados por una muy bella raza de negros que han resistido á todos los esfuerzos del proselitismo musulman, y que son vendidos á buen precio, considerándolos los cazadores de esclavos como rica presa. El mismo misionero refiere que doce valles han sido saqueados recientemente por los Bagaras, y cita los nombres de los ricos fabricantes de El-Obeid que practican la trata á ciencia y paciencia de todo el mundo.

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

XII.

Santa Cruz de Agadir.—Conquista portuguesa.—Los moros dispersados.—Obras de defensa.—Comercio floreciente.—Abandono de Santa Cruz.—Su decadencia.—Habitantes.—Agadir española.—Pesquería en proyecto.—Kabilas semi-independientes.—Fin de la descripción de la costa.

Aunque con toda verdad puede decirse que Mogador es la última ciudad de la costa de Marruecos, dirémos algunas palabras acerca la ciudad de *Agadir* ó *Santa Cruz la pequeña*, situada á 140 kilómetros de Mogador y 244 S. O. de Marruecos. Entre Mogador y Santa Cruz se encuentran los cabos Cim, Geir y Tefelnah, y los rios Tidsi y Beni-Tamir, á 9 kilómetros al N. del cabo Gher: todo el camino es sumamente llano y arenoso, en el que no se encuentran sino miserables chozas y pobres cabañas. La población de Santa Cruz se eleva sobre una colina de unos 650 piés de altura sobre el nivel del mar: la enseña que existe entre el cabo y la población ofrece un buen fondeadero. Se llamó también Aguer ó Agher, y en tiempo de Leon Africano era conocida con el nombre de Gurtguessen.

Informado el rey de Portugal D. Manuel de la importancia de este punto, ya por su natural fortaleza, ya por la preponderancia que había adquirido á causa de su extenso comercio con Europa, pensó en apoderarse de Agadir: empresa difícil, por no decir imposible, siendo un sitio de tan fácil como segura defensa. Pero la fortuna fué pródiga en esta ocasión con los portugueses, premiando su espíritu valiente y emprendedor. Contra lo que todos esperaban en Portugal, la conquista se llevó á cabo casi sin combatir: los moros no habían imaginado que su rica ciudad pudiese ser objeto de ataque por parte de los cristianos, juzgando que jamás incurrirían en semejante temeridad. Asegurados, pues, con esta suposición, en lo que menos pensaron fué en prevenirse para un asedio formal, creyendo suplir con la confianza la falta de medios de defensa.

Taña ilusión desapareció tan pronto como llegaron las naves portuguesas y empezaron á hacer sobre la ciudad y sus fuertes un nutrido fuego de artillería. Desprovistos de ésta los moros, corrieron en todas direcciones abandonando la población; y cuando volvieron de su estupor el pabellon portugués flotaba triunfante sobre los muros y castillos de Agadir, y el jefe del ejército lusitano tomaba posesion de la importante plaza en nombre de su rey.

Temiendo los portugueses alguna agresion de los moros para recuperar la plaza, trataron de fortificarse sólidamente. Al efecto se despachó una Comision á Lisboa, que al mismo tiempo que comunicase la fausta noticia de la nueva adquisicion, pidiese al rey recursos para fortificarla, lo cual fué concedido por el monarca, como era natural. De vuelta la Comision, se hicieron grandes reparos en los muros, se construyó de nuevo una fortaleza convenientemente artillada, y se puso todo en estado de resistir con éxito, en el caso de que los moros, repuestos de su sorpresa, pensasen en atacarla. A la nueva fortaleza se le puso el nombre de *Santa Cruz*: con el mismo

nombre fué denominada la ciudad por los europeos; pero los moros la denominaron *Agadir*.

Parece supérfluo añadir que bajo el dominio portugués floreció en Agadir el comercio y que se llevaron á cabo mejoras de consideracion, aprovechando las naturales ventajas que proporcionaba un puerto espacioso y seguro, situado tan próximo á las provincias del *Sus*, á donde tantas riquezas afluían del interior. Debe añadirse que las transacciones se hacian con toda seguridad, por gozarse de paz, contra lo que al principio se había creído: no consta, en efecto, que los moros se esforzasen mucho en desalojar á los portugueses de Santa Cruz, indudablemente por lo persuadidos que estaban de lo aventurado que era acometerles con esperanza de buenos resultados.

La dominacion de Portugal duró hasta el reinado de D. Juan III. En esta época el poder lusitano en Africa se acercaba rápidamente á su fin: su venturosa estrella no despedía los vivos resplandores de otros tiempos, y en todo había reveses y desgracias para las armas cristianas. Para no perderlo todo, fué preciso abandonar la mayor parte de lo conquistado, y entonces fué cuando volvieron á poder de los moros las tres plazas de Santa Cruz, Saffi y Asimur. Deplorable pérdida fué esta, que apartó la costa marroquí de la influencia civilizadora del Cristianismo, y volvió á sumir el Imperio de los Seriffes en el fondo de miseria y abyeccion en que hoy se encuentra.

Funesta como fué para Santa Cruz la retirada de los portugueses, todavía no fué este el golpe más rudo asestado á la prosperidad de aquella plaza. Se sabe que siguió teniendo mucha importancia hasta mediados del siglo pasado, en que tuvieron lugar los sucesos referidos en el capítulo precedente, los cuales dieron por resultado la fundacion de Mogador y la ruina completa de Santa Cruz. Desde entonces esta ciudad tan poderosa está casi deshabitada. Se destruyeron ó se dejaron caer los muros y baluartes, se diseminó la población, y el comercio quedó anulado, gracias á la política de Sidi Mohamed, hasta el punto de no acercarse hoy barco alguno á un puerto tan frecuentado en mejores dias. De su glorioso pasado sólo conserva Santa Cruz su inmejorable posición, dos castillejos á 4 kilómetros de la parte alta de la ciudad, y una batería por la parte del mar, aunque todo en un estado lastimoso. El número de habitantes no pasa de 600 moros, y algunos judíos que suelen acudir allí temporalmente. Sus habitaciones consisten en miserables chozas y algunas casitas, resíduo de su antigua grandeza.

Por el tratado de paz entre España y Marruecos se cedió á perpetuidad al Gobierno español el territorio de Santa Cruz de Agadir para establecer allí una pesquería (1). Mas los gobiernos que se han sucedido despues de la guerra han descuidado este asunto de una manera bien antipatriótica, olvidando que si para la Península no tiene grandes ventajas, aunque tampoco es desven-

(1) Hé aquí el artículo del tratado á que nos referimos: «Artículo 8.º—S. M. marroquí se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. C. en la costa del Oceano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento de pesquería, como el que España tuvo allí antiguamente.—Para llevar á efecto lo convenido en este artículo se pondrán previamente de acuerdo los Gobiernos de S. M. C. y S. M. marroquí, los cuales deberán nombrar comisionados por una y otra parte para señalar el terreno y los límites que deba tener el referido establecimiento.»

desprende de su víctima. Duermen uno al lado del otro.

El jefe de Tuo, sintiéndose libre, levántase, abre su caja de riquezas, surte su cinturón de pelos de pintarajo, ajústase á la cabeza su sombrero, toma un paquete de negro de humo y se embadurna, ata bellas conchas á las rodillas, pónese un brazalete, revístese de su paño blanco, suspéndese al brazo su banda de corteza de higuera, provéese de su lanza y de su *sagaia* ó arpon, sin olvidar su rompecabezas verde; y parte, parte, sin despedirse de su madre. Desciende hácia el río, y corre, dejando tras sí las comarcas de su tribu; pasa á nado el río Puanandut, y llega de este modo á casa del jefe de Uagap.

—Jefe de Tuo, ¿es tu cara la que veo? dice el jefe de Uagap.

—Sí, soy yo.

—¿Qué tienes?

—Huyo.

—¿De quién huyes?

—Huyo de...

—¿De quién?

—No lo sé: acaso sea una divinidad.

—¿En dónde lo encontraste?

—Hice un lazo para coger pájaros; él llegó, y quedé preso. Al soltarle, arrojé instantáneamente sobre mis hombros: sacudo á derecha, no quiere caer; sacudo á izquierda, inútil; sacudo hácia atrás, imposible. Me acuesto: á media noche, durante su sueño, se ha despertado; salgo, emprendo la fuga, y me encaramo á lo más alto de un cocotero. Pónese á buscarme, y á poco me encuentra; no puedo sustraerme á sus persecuciones. Huyo aquí á todo trance.

—Vén, dice el jefe de Uagap, siéntate allí: su muerte es segura si llega hasta nosotros: aquí somos intrépidos, animosos; aquí sabemos descuartizar á un hombre. Tranquilízate, le mataremos cuando venga.

Apenas han tomado asiento cuando ven venir al genio: adelántase en el cielo, y parece al mismo tiempo salir del fondo del mar.

—¿Le ves allí como se aproxima? dice el jefe de Tuo.

Al momento desvanécese la bravura del jefe de Uagap, dando lugar al miedo.

—Jefe de Tuo, le dice, apresúrate á huir; temo mucho que se me lleve contigo.

El jefe de Tuo emprende la fuga, y llega á casa del jefe de Bai.

—Jefe de Tuo, le dice éste; ¿es tu rostro el que veo? ¿Qué tienes?

—Soy yo mismo, el jefe de Tuo: huyo de aquel que me persigue.

—¿Es como nosotros?

—No lo sé: acaso sea una divinidad.

—Vén, vén acá: encontrará entre nosotros el golpe de muerte.

Toman asiento, y al momento ven que se aproxima: es imposible precisar sus dimensiones: una parte de su cuerpo piérdese en las nubes, y la otra en las profundidades del Océano.

—Jefe de Tuo, dice el jefe de Bai, busca un lugar á donde puedas retirarte, pues temo mucho que se me lleve contigo.

El jefe de Tuo emprende la fuga; corre, corre hasta Kanala.

—Jefe de Tuo, dice el jefe de Kanala, ¿es tu cara la que veo?

—Sí, soy yo, el jefe de Tuo.

—¿Qué tienes?

—Huyo de aquel que me persigue desde Tuo.

—¿Quién es?

—Lo ignoro: acaso sea una divinidad.

—¿En dónde está?

—Mira, véle allá.

—Siéntate, dice el jefe de Kanala; vamos á matarle.

Apenas pronunciadas estas palabras, ven que se adelanta, elevándose su cabeza hasta el cielo, y tocando la tierra con los pies.

—Héle aquí.

—Jefe de Tuo, busca otro refugio, pues temo mucho que se me lleve contigo.

Parte, corriendo así de tribu en tribu, hasta que por último llega á Maalamua, el fin del país (extremo Sur de Nueva-Caledonia). Dirige sus miradas en torno suyo para huir y sustraerse al furor de aquel que le persigue: imposible, no hay ya más tierra. Repara en dos niños que se bañan en el mar, y éstos le miran á su vez.

—¿Quiénes sois? les dice.

—Somos nosotros, responden los niños.

—¿Qué haceis aquí?

—Nos bañamos,—y prosiguen sin atenderle.

El jefe de Tuo les grita:

—¡Ah! indicadme un lugar á donde pueda huir, pues tengo mucho miedo.

—¿Y de qué tienes miedo? le preguntan los niños.

—Tengo miedo de aquel que me persigue.

—¿Es como nosotros?

—Lo ignoro: miradle, por allí viene.

—Es verdad: pues bien, quédate aquí: cuando esté para llegar nos sumergiremos en el agua; sumérgete también, cerca de nosotros.

Hé aquí que el genio se adelanta con rapidez: húndense ambos niños, y lo mismo el jefe cerca de ellos: van á habitar una casa en el fondo del mar, en donde encuentran todo lo conveniente.

Habiendo llegado el jefe de Tendo, detiéndose sobre las rocas de la ribera; pero no puede sumergirse para ir á buscar su víctima en el fondo de las aguas. ¿Qué hará? Arranca dos paquetes de yerbas, llama dos pájaros, y envíales á llevar el *muaran* (señal de convocación). Uno debe ir al Este y otro al Oeste, para reunirse en la isla de Poot (extremo Norte de Nueva-Caledonia). Tienen la misión de convocar todos los pájaros, absolutamente todos.

Parten ambos mensajeros, y dóciles todas las aves reúnen en torno del jefe de Tendo, quien les dice:

—Os he llamado para que bebais el agua del mar.

A lo que responden todas las aves:

—Estamos á vuestras órdenes.

Las garzas reales (*ardea*) empiezan al momento á beber: beben, beben, beben... y hacen descender el agua hasta la baja mar.

Los chorlitos (*numenius*) vienen á su vez: beben, beben, beben... y dejan al descubierto los corales.

Llega el turno á las paviotas (*larus*): beben, beben,

beben... y hacen descender el agua como en las más grandes mareas.

Llega el turno á otra especie de aves: beben, beben, beben... aparece la veleta de la casa.

Otra especie de aves: beben, beben, beben... queda en descubierto la yerba del techo.

Otra especie de aves: beben, beben, beben... ofrécese á la vista toda la techumbre.

Otra especie de aves: beben, beben, beben... aparecen las paredes de la casa.

Otra especie de aves: beben, beben, beben... por fin todo queda en seco; ya no hay agua en torno de la casa.

—Todo está concluido, dice el jefe de Tendo; podeis retiraros: por mi parte, voy á buscar al jefe de Tuo para que me sirva de comida.

Desciende; los que están en la casa venle acercarse, y al momento el jefe de Tuo estalla en gemidos.

—¡Oh infeliz de mí! ¡vedle que ya llega!

—¿En dónde está? preguntan los niños.

—Miradle.

—¿Y qué vas á hacer?

—¡Ah! ¿qué sé yo?

—Pues bien, créenos. Cuando te llame para que salgas, no te muevas; dile que venga á la cabaña.

El jefe de Tendo llega ante la puerta.

—Vén acá, dice al jefe de Tuo.

—¿Qué pretendes de mí? Si me quieres, vén á prenderme aquí.

Entre tanto ambos niños provéense de un hacha y apóstanse uno á cada lado de la puerta.

El jefe de Tendo encórvase para ir á prender al jefe de Tuo, y al momento los niños le cortan la cabeza, que cae rodando en el interior de la cabaña, quedando el cuerpo tendido ante la puerta.

OBSERVACION. El comienzo de esta alegoría tiene el ánimo en suspenso: no se adivina el objeto del narrador. Así un interlocutor, intérprete de los sentimientos de la multitud, eleva la voz y dice: *Diniri?* «¿A quién atañe esta historia?» El orador anuncia entonces su asunto y lo expone minuciosamente, siempre bajo el velo de la alegoría. Conocemos ya su propósito, que es sacudir el yugo de la autoridad francesa. ¿Consiguió con este procedimiento excitar la fibra del patriotismo? Podemos juzgar de ello por el efecto producido en los ánimos, y no cabe duda que á disponer de bastantes medios materiales la lucha hubiera sido imponente.

Después de copiar al pie de la letra esa pieza en el idioma local, acudióme la idea de leerla una noche á los niños y jóvenes que había en la casa, sin explicarles el sentido. Pues bien, todo el tiempo que duró la lectura no tuvieron en su boca sino gritos de muerte para el genio implacable subido en hombros del jefe de Tuo. «Matémosle, atravesémosle con nuestras lanzas,» clamaban sin cesar: prueba que el relato responde admirablemente al intento de remover las pasiones y excitar á la rebelión y á la guerra. Mas cuando el genio es representado comiendo sobre los hombros del jefe de Tuo, y dejando correr el agua que cae de su boca sobre esa cabeza que la mano del hombre ni siquiera ha de tocar, el pateamiento de indignación llegó á su colmo. ¿Qué debe suceder, pues, cuando se dice todo eso por los bardos ó

poetas del país, por esos hombres especiales, encargados de llevar semejantes alegorías á oídos de las masas?

Advertí también que nuestros jóvenes parecían muy lisonjados con la descripción de los adornos del jefe de Tuo, cuando se escapa por segunda vez durante la noche sin despedirse de su madre. Este sentimiento de su parte demuestra que tienen poesía, y que no son insensibles á ella. Esa poesía local toma color y se dramatiza con interés en la marcha rápida del jefe de Tuo perseguido por el gigante, en su entrevista con los jefes de tribu, y por último en su maravilloso descenso al fondo de las aguas.

La idea de hacer beber por las aves toda el agua del mar, no está mal traída, sobre todo aplicándola al jefe de esos hombres que, en nombre de la ciencia, no ponen límites á lo posible. Mas ¿qué importa ese poder sobrehumano! Atraen al gigante á una celada, y le hacen dar la muerte. Tal debía ser, según ellos, la suerte del comandante del puesto de Balada. La continuación no tardará en probar lo contrario; porque en las primeras tentativas de hostilidad el segundo jefe de Pueblo, Hipólito, mostróse como siempre adicto á la autoridad francesa. Esa adhesión le hizo sospechoso al partido pagano, y fué condenado al destierro, separado de su familia y de sus hijos, arrojándole por último á un buque que le transportó á la isla de los Pinos, en donde murió al cabo de pocos meses.

Á TRAVÉS DE LA INDIA.

VII.

RAMSERAM Ó RAMANANCOR.

En la extremidad oriental de Pamben, pequeña isla del Oceano Indio separada del continente por un brazo de mar de una milla de anchura, y situada á 10 leguas de Ramnad, entre la Costa de la Pesquería y la de Coromandel, se eleva la ciudad de Ramseram ó Ramanancor, objeto de una de las más grandes peregrinaciones de los indos. La gran pagoda, dedicada al dios Ramen, es uno de los cinco lugares sagrados de la India, y comparte con Pelani, Chiringam, Jaggrenat y Benarés el privilegio de conceder infaliblemente la celeste beatitud, según los indos, á todos los que hubieren visitado su recinto. Construida sobre una colina rodeada de un pueblo de bramínes, distínguese por sus dimensiones y por la magnitud de las piedras empleadas en su construcción. Al pie de la colina y á orillas del mar hay el estanque maravilloso en donde acuden los devotos de cuatrocientas y más leguas para bañarse en él, purificarse de sus manchas y recibir las bendiciones del ídolo.

En la pág. 305 damos dos vistas de esta pagoda. En la primera se descubre oculta detrás de los cocoteros y al término de una larga calle en cuyos lados se levantan casas cubiertas de rastrojo. La segunda representa la pagoda en su conjunto. Cerca de ella se ven pagoditas y una torre sin terminar. No es raro encontrar en la India monumentos incompletos, pues según una superstición pagana, toda pagoda enteramente concluida atrae grandes males.

Cerca de Ramseram, sobre una colina desde la que se domina toda la isla de Pamben, hay otra pagoda lla-

mada Barbadam (montaña), de la cual damos una vista en la pág. 309.

La ciudad de Ramseram, evangelizada de mucho tiempo atrás, cuenta un regular número de cristianos y dos iglesias. Se ignora la época en la que los ascendientes de los cristianos actuales de Pamben fueron convertidos á la fe. Parece probable que eran originarios de Manar, en donde fueron bautizados en tiempos de san Francisco Javier, refugiándose entonces en Pamben para sustraerse á las persecuciones de los reyes de Jaffna. Aunque pertenecen á una casta de las más inferiores, han sabido resistir á todas las vejaciones de los mahometanos y á todas las seducciones del paganismo.

«Refiere la tradicion, ha escrito el Ilmo. Canoz, que los habitantes de Ramseram percibieron cierto dia una gran caja conducida por las olas del mar, que la depositaron en la orilla. Corrieron los paganos para apoderarse de ella; pero, al acercarse, las olas arrebataron la caja, conduciéndola mar adentro. Cuando los paganos se hubieron retirado, presentáronse algunos cristianos en la orilla, y la caja vino entonces á sus manos; abriéronla, y en ella encontraron tres estatuas de dos piés y medio de altura. La primera representaba á la Virgen teniendo en una mano al Niño Jesús, y en la otra un cetro. Las otras dos estatuas eran un santo Tomás y un santo Domingo que parecían contemplar á la Virgen. Los cristianos acogieron respetuosamente este don del cielo, y construyeron una iglesia bajo la advocacion de Nuestra Señora del Cetro. Es la misma iglesia de Ramseram que he visitado. Añádese que la caja contenia tambien una pequeña imágen de oro de Santiago; que de ella se apoderaron violentamente los paganos, siendo castigados con una enfermedad que se propagó hasta en su posteridad; que este castigo les llenó de espanto é inspiróles un gran respeto hácia nuestra santa Religion, y que de entonces procede la construccion de la iglesia de Santiago y la celebridad de esta peregrinacion en la isla entera, así de parte de los paganos como de los cristianos. Habiendo caido en ruinas la antigua iglesia, los habitantes edificaron otra en 1811, y es la que he visitado, muy limpia, construida de ladrillos y cubierta de tejas.»

EFEMÉRIDES.

19 JULIO 1586.—Muerte del P. Juan Hart, de la Compañía de Jesús, confesor de la fe, en Jaroslaw (Polonia).

Nacido en Inglaterra, de noble familia, Juan Hart era á los veinticinco años bachiller en teología de la universidad de Oxford. Trasládose á Roma para el jubileo universal, y entró á su llegada en el noviciado de la Compañía de Jesús. Pero indeciso aún respecto de su vocacion, regresó á Inglaterra algunos años despues, donde fué detenido y conducido ante los Consejeros de Estado de Lóndres. Viendo éstos en él un excelente y docto jóven, concibieron la esperanza de atraerle al protestantismo, y le enviaron á la universidad de Oxford, donde el ejemplo de una juventud descarriada, las solicitudes de los antiguos amigos, las disputas de los doctores en teología, debian (á menos de no efectuarse un milagro) extinguir en su corazon todo destello de fe católica; pero la prueba duró tres meses, y salió invencible.

Habiendo perdido, pues, los Consejeros toda esperanza, le hicieron encerrar en la Torre de Lóndres. Pero los malos tratamientos no consiguieron quebrantar al valeroso jóven más que las seducciones de la universidad.

Los heréticos no se dieron, sin embargo, por vencidos, y mandaron llevar á la cárcel á la madre del jóven. Esta, ferviente católica, viendo

á su hijo cargado de cadenas, enflaquecido por las privaciones, magullado su cuerpo por los tormentos, corrió á él exclamando: «¡Te conozco por hijo mio!» Y le abrazó tiernamente, hablándole con tal energía, que aún inflamó más su deseo del martirio. Al salir de la prision, la heroica madre dijo á los jueces que su hijo se encontraba muy bien; lo que interpretado por ellos en otro sentido, hizo que corrieran á la prision, donde reconocieron que habian sido vencidos y burlados por una mujer: Juan Hart estaba más inquebrantable que nunca. En su furioso despecho, le hicieron torturar afrentosamente.

La prision del confesor duró cerca de un año, el cual fué un martirio lento. Salió el 16 de Noviembre de 1581 para ser condenado al suplicio impuesto á los reos de lesa majestad.

Pero la ejecucion quedó aplazada, y el 1.º de Diciembre constreñido á ver atar al P. Edmond Campian para ser arrastrado al suplicio. Los jueces creyeron triunfar así de su constancia, y la vista del martirio no hizo sino aumentar el valor del jóven.

Aunque condenado á muerte, se le sometió á otras pruebas. Le enviaron un famoso predicador, llamado Raynald, cuyos esfuerzos fueron inútiles, y le metieron en seguida en una mazmorra de veinte piés de profundidad, oscura como una tumba é infecta, donde le tuvieron nueve dias sujeto á los sufrimientos del hambre, del hedor, de las tinieblas y de la humedad. A fines del mismo año le tuvieron durante veinte dias inmóvil con el cepo en los piés, y seis meses más tarde el verdugo le volvió á meter en la hedionda mazmorra, donde permaneció cuarenta y cuatro dias.

Por fin, habiéndose conmutado en los primeros meses del año 1583 la pena de muerte por la de destierro perpétuo, fué sacado de la cárcel, y desterrado con un gran número de otros católicos.

En medio de sus sufrimientos, Juan Hart habia alimentado el ardiente deseo de ingresar en la Compañía de Jesús, lo cual puesto en conocimiento del P. Acquaviva, general de la Orden, accedió á su demanda el 18 de Marzo de 1583.

Al dejar á Inglaterra, el P. Hart entró en el noviciado de Verdum (Francia), y de allí fué enviado á Roma, desde donde poco despues pasó á Jaroslaw, en Polonia, en cuyo punto murió el 19 de Julio de 1586.

NECROLOGÍA.

Roma.—A principios de Abril murió en Roma el Ilmo. Juan Antonio Balma, de los Oblatos de la Virgen Maria, arzobispo de Cagliari en Cerdeña, vicario apostólico que fué de Ava y Pegú (Indo-China). Contaba sesenta y cuatro años. Falleció víctima de una enfermedad violenta, en el momento en que, despues de una breve permanencia en la ciudad eterna, se disponia á regresar á su diócesis.

El Ilmo. Balma habia sido consagrado obispo de Tolemaida *in partibus* y nombrado vicario apostólico en 1848. Las fatigas de su vida de misionero habian minado profundamente su salud, y le obligaron á dejar sus queridas Misiones para venir á Europa en busca de fuerza, de salud y de reposo. En 1871 Pio IX le preconizó arzobispo de Cagliari, en donde continuó su vida de apóstol y misionero.

Leon XIII, que le estimaba mucho, sintió su muerte, y ordenó que sus funerales fuesen celebrados con toda pompa y á sus expensas. El 8 de Abril se celebraron las exequias, oficiando en ellas el Ilmo. Rota, arzobispo de Cartago.

Japon meridional.—El Rdo. Juan B. Poirier, misionero del Japon meridional, ha fallecido en Nagasaki el 5 de Febrero de 1881.

Nació en Saint-Philibert-en-Mauge (diócesis de Angers), y entró en el seminario de las Misiones extranjeras el 1.º de Setiembre de 1863. Ordenado sacerdote el 26 de Mayo de 1866, partió para el Japon el 15 de Julio del mismo año.

Esta Mision era entonces el teatro de acontecimientos tan maravillosos como consoladores. La Iglesia del Japon, que despues de dos siglos de la más cruel persecucion hubiera podido creerse anonadada, salia de su tumba; los misioneros trabajaban en silencio, recogiendo lo que habia escapado de la tempestad. Llegado á Nagasaki en estas circunstancias, el Rdo. Poirier se apresuró á compartir los trabajos y consuelos con sus cohermanos más antiguos: dedicóse con ahinco al estudio de la lengua, y fué pronto capaz de desempeñar el santo ministerio. Pocos meses hacia que lo estaba ejerciendo, cuando estalló de nuevo la persecucion, en cuya época le cupo buena parte de los cuidados, ansiedades y dolores comunes. No pudiendo dar libre curso á